

CÁMARA OFICIAL DE LA INDUSTRIA DE MADRID

## CICLO DE CONFERENCIAS

Pronunciadas con motivo de la restauración  
de su edificio social, e inauguración de los  
nuevos servicios y dependencias



MADRID, 1.961

Ayuntamiento de Madrid







Fn 6594

## CICLO DE CONFERENCIAS

Presentación con motivo de la conmemoración  
de su centenario natal, y inauguración de las  
nuevas instalaciones y dependencias



1773 17



CÁMARA OFICIAL DE LA INDUSTRIA DE MADRID

## CICLO DE CONFERENCIAS

Pronunciadas con motivo de la restauración  
de su edificio social, e inauguración de los  
nuevos servicios y dependencias



## CICLO DE CONFERENCIAS

Proclamadas con motivo de la restauración  
de su edificio social, e inauguración de los  
nuevos servicios y dependencias



CÁMARA OFICIAL DE LA INDUSTRIA DE MADRID

## CICLO DE CONFERENCIAS

Pronunciadas con motivo de la restauración  
de su edificio social, e inauguración de los  
nuevos servicios y dependencias



DICIEMBRE, 1.961

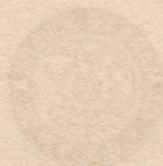


CÁMARA OFICIAL DE LA INDUSTRIA DE MADRID

## CICLO DE CONFERENCIAS

Pronunciadas con motivo de la restauración  
de su edificio social, e inauguración de los  
servicios y dependencias

Depósito Legal: M. 13.329-1.961



GRÁFICAS ESPEJO.-Tomás Bretón, 51.-MADRID

Ayuntamiento de Madrid

R/ 133.940



La Cámara Oficial de la Industria de Madrid, con motivo de la reinauguración de sus nuevos locales y dependencias, así como restauración completa de la planta principal, o noble, del antañón Palacio de Santoña que le sirve de incomparable sede, quiso dedicar tres jornadas a reavivar los dormidos recuerdos que sin duda posee tan caracterizada como próspera mansión: la que se convirtió, desde 1.933, en casa solariega de la Industria y los industriales de Madrid.

A tal fin, se preocupó la Cámara de que las voces —tan autorizadas, como ricas en erudición y Poesía— de Serrano Anguita, Borrás y Chueca Goitia emprendieran la biografía apasionante de las viejas glorias y rico anecdotario de nuestra Casa: tanto en su aspecto humano, social, costumbrista y hasta político, como en lo que de valor arqueológico y arquitectónico muestran sus paredes.

En tres tardes sucesivas, nos llevaron maravillosamente de la mano estos tres hombres ilustres —ilustres, por su verbo y por su pluma—, y nos hicieron sentir con intensidad toda la muda, pero elocuente, historia de este viejo trozo de Madrid —en el barrio de las Musas, en efecto—, con sus azares y vicisitudes a lo largo de cuatro siglos de existencia.

Por eso ahora, y para feliz remate, nos complacemos en ofrecer, recogidas en un volumen, las tres conferencias de los señores Chueca, Borrás y Serrano Anguita; con ello solemnizaremos, como por nueva ceremonia, la reinauguración de los servicios y dependencias indicados.

Madrid, 1 de diciembre de 1.961.



La Comisión Central de la Industria de Madrid, que preside de la  
representación de los intereses locales y provinciales, así como de la  
representación de la clase patronal y de la clase obrera, ha  
tenido el honor de recibir de V. E. el Sr. D. Juan de Dios  
Pérez, y presentar las conclusiones que se han formado  
en la Comisión Central de la Industria y Comercio de Madrid.  
Y en fin, se acuerda en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
1.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
2.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
3.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
4.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
5.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
6.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
7.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
8.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
9.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:  
10.º Que se acuerde en la Comisión Central de la Industria y Comercio  
de Madrid, en sesión de 1.º de Mayo de 1901, lo siguiente:



FRANCISCO SERRANO ANGUITA

CINCO SIGLOS DE VIDA MADRILEÑA,  
DESDE EL PALACIO DE LA CÁMARA

Conferencia pronunciada  
el día 5 de octubre de 1.961, en la  
Cámara Oficial de la Industria de Madrid



FRANCISCO SERRANO VIGUETA

CINCO SIGLOS DE VIDA MADRILEÑA  
DESDE EL PALACIO DE LA CÁMARA

Contenido programático  
El día 2 de octubre de 1901 en la  
Cámara Oficial de la Industria de Madrid

El  
como  
go a  
emo  
—ja  
la qu  
tema  
con  
ceros  
cir d  
hast  
llen  
héro  
paci  
cans  
I  
nues  
cuan  
Era  
sia.  
plio  
tene  
blo  
lles  
rede



Señoras y señores:

Para un cronista oficial de la villa, aunque sea tan humilde como éste, que llega a pedirnos benevolencia, y que debe su cargo a la bondad ajena más que al mérito propio, tiene honda emoción volver a un palacio que frecuentó en su mocedad —¡ay!, hace más de cincuenta años—, y ocupar una tribuna por la que desfilaron muy insignes personalidades, a las que de antemano rindo el homenaje de mi respeto. No pretendo alternar con ellas, sino cumplir el encargo que se me ha hecho: ofrecer un resumen de la vida madrileña, que es tanto como decir de la vida española, a través de cinco siglos —desde el XVI hasta el XX—, y en torno al edificio donde nos encontramos, lleno de historia y de leyenda, albergue de los más diversos héroes y escenario de las más pintorescas aventuras. A vuestra paciencia me acojo, que yo procuraré no caer en el abuso y cansaros lo menos posible.

Para hablar de lo que es hoy sede señorial y suntuosa de nuestra Cámara de la Industria habrá que situarse en 1.531, cuando este lugar no era más que tierra labrantía: las llamadas Eras de San Sebastián el Nuevo, aludiendo a la inmediata iglesia. Por aquellas fechas se transformaron tales Eras en un amplio solar, donde se construyeron tres casas a la malicia, pertenecientes a distintos dueños. Madrid seguía siendo un pueblo amurallado, en el que apenas si merecían el nombre de calles —aparte las de Atocha, Mayor, Sacramento, Mesón de Paredes, Preciados y Arenal— la Concepción Jerónima, el Posti-



go de San Martín y la Carrera de San Jerónimo. Otras dos vías nos interesan muy especialmente: la de las Huertas y la del Príncipe, nombre este último con el que se conmemoraba la proclamación como Príncipe de Asturias, en 1.528, del hijo del Emperador Carlos, que luego había de ser Felipe II, y entonces contaba un año de edad. Así lo dice Mesonero Romanos, quien niega la afirmación de Capmany, basada en datos del historiador Céspedes, según los cuales se denominó así la calle festejando el natalicio del futuro Felipe IV. Ni el de éste ni el de su padre, Felipe III, que vino al mundo en 1.578; y en 1.568 ya era conocido el título callejero. Conviene recoger estas noticias, porque han de sernos útiles para algo que se dirá más adelante.

Sobre ambas rúas, la del Príncipe y la de las Huertas, encontrábanse las casas a que me referí anteriormente, y que fueron cambiando de propietarios hasta que las adquirieron don Diego de Rois Bernaldo y su mujer, doña María de Gámir, para hacer con todas las pequeñas fincas una sola vivienda.

No quedaría completo el panorama de la villa en aquel siglo si no aludiésemos a las Puertas que daban acceso a ella: las de la Vega, de Moros, Cerrada o de la Culebra, de Guadalajara, de Antón Martín, del Sol, de Santo Domingo, de Segovia, de Atocha, de Alcalá (naturalmente, la primitiva; no la monumental que todos conocemos), de Recoletos, de Santa Engracia, de Bilbao, o Pozos de la Nieve; de San Joaquín y de San Vicente, más los Portillos de Gil Imón, Embajadores, Campanilla, Lavapiés, Fuencarral, Maravillas y, más tarde, el del Conde-Duque. Tampoco deben olvidarse los muchos pasadizos, callejones, travesías, biombos, costanillas, correderas, rondas, cavas y derrumbaderos, con nombres tan curiosos como los de Tentetieso, Dos Mancebos, Sin Puertas —¡después de todas las que acabo de citar!—, Tufo, Azotados, Quebrantapier-nas, Susto, Enhorabuena Vayas, Aunque os Pese, Verdugo, Ataúd y Comadre Brasas. No faltaban palacios: el de Bornos, el de Uceda, el de Bozmediano, el de los Lassos, el de Puñon-rostro, el de los Lujanes y el de Barajas; mas parecían ahogarse entre el cinturón de casuchas hediondas, en las que se hacían los seres humanos y las bestias, y desde las que lanzábanse al arroyo, falto de todo pavimento, detritus y líquidos inmundos, al grito clásico de: “¡Agua va!”, cuyo recuerdo perdura todavía.

Para disfrutar del aire limpio, del pleno sol y de las claras



linfas, los vecinos habían de irse a los sotos, bosquecillos y manantiales del arrabal. También solían acomodarse en los templos: el de Santa María, el de San Pedro el Viejo, el de San Nicolás, el de San Luis, la Capilla del Obispo, los conventos de Atocha, de San Felipe el Real, de la Victoria, de Antón Martín, de los Peligros y de los Jerónimos, y no hay que decir que el soberbio monasterio de las Descalzas Reales, construido en 1.557.

Otros lugares de refugio eran, ¿cómo no?, las tabernas y bodegones, que si al principio se contaban por decenas, elevaronse a centenares, para acabar sumando miles. Se reunían allí los aficionados al mosto... y los que poco a poco fueron tomándole el gusto a la cerveza, llegada a nuestros lares a principios del Siglo XVI— aunque parece que hay de ella referencias mucho más remotas—: cuando el César Carlos decidió venir a España, desde Alemania. La trajeron los tudescos del séquito imperial, que no se habituaban al áspero vino de Arganda, ni al de Yepes, ni al de Esquivias. Preferían la áurea y fresca bebida de su patria, y la tomaban en anchos jarros coronados de espuma. La afición a la malta y al lúpulo fué creciendo incluso entre los matritenses, y Carlos hizo venir de Flandes un equipo de expertos cerveceros, a fin de que ellos procediesen a adiestrar a los de aquí.

Al principio no despachaban cerveza más que en tres o cuatro botillerías. Sin embargo, a medida que fué extendiéndose el consumo, era fácil encontrarla en cualquier tabarria. Contribuyó a tal difusión lo módico del precio, pues vendían la azumbre —dos litros bien corridos— a veinticuatro maravedises de cobre, equivalente a seis cuartos de vellón. Eso explica el arregosto de nuestros abuelos hacia el rubio y exótico pistrage. De haberlo cobrado a nueve o diez reales la caña, como en la actualidad, quizá hubiera sido otra cosa.

Según ocurre frecuentemente, el paseo por la villa nos alejó de la calle de las Huertas y de la "Casa Grande", hecha levantar por don Diego de Rois en sustitución de las adquiridas a los antiguos dueños. Tendríamos que hablar de cuantos habitaron allí; pero, aparte de que resultaría labor fatigosa, nada nuevo añadiríamos a las magníficas obras en que don Miguel Capella ha descrito, con insuperable amenidad y profundo conocimiento del tema, la historia de este palacio y todas sus mudanzas y transformaciones. Creo mejor para quienes me escuchan limitarme al examen del principal inquilino que tuviese



la residencia en cada uno de los siglos transcurridos. Y, como ya nos encontramos en los finales del Siglo XVI, y va a iniciarse el XVII, busquemos un personaje del que se pueda afirmar que vivió aquí en los años de tránsito de una centuria a otra. No es difícil hallarlo, porque diríase que esperaba nuestra visita el muy ilustre Muley Xequé, Príncipe de Marruecos y de Féz, convertido luego en Felipe de África, y al que, por el atezado color de su rostro, dióse en denominar *El Príncipe Negro*. Vayan a él nuestros reverentes saludos, con la debida cortesía.

Cuenta Cervantes en su "Adjunta al Parnaso" (epílogo o apéndice del famoso "Viaje") que, saliendo él una mañana del monasterio de Atocha, acercósele un mancebo, al parecer de veinticuatro años, "todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes", o telas de seda con cordoncillo; pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que pensábase que para llevarlo fueran menester los hombros de un Atlante. "Hijos deste cuello (agrega don Miguel) eran dos puños chatos que, comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban a dar asalto a las barbas."

Aquel mancebo, que declaró ser poeta y llamarse Pancracio de Roncesvalles, luego de una discreta y amena plática sobre comedias, sacó del pecho una carta con su cubierta, se la entregó al hidalgo, y éste pudo leer el sobrescrito, que decía: "A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el Príncipe de Marruecos en Madrid."

Aún habría que recoger las muy donosas razones alegadas por el otro Príncipe, el de los Ingenios, para no pagar el porte de medio real, o diecisiete maravedises, por aquella carta, que era del mismísimo Apolo Delfico, escrita el 22 de junio de 1.614; pero ello nos distanciaría del punto que ahora nos importa, que es el de la existencia del Príncipe marroquí, o Negro, acerca del cual disponemos de tan escasas noticias, cuando necesitaríamos que fuesen copiosas y, sobre todo, exactas.

Desde luego, está demostrado que Cervantes vivió, por lo que dice el concienzudo investigador Marqués de Molins, en una finca de don Antonio Trillo, calle de las Huertas, esquinada a la plaza de Matute, y contigua a la que daba frente a la "Casa Grande", en la calle del Príncipe, que era albergue habitual del de África.

Fué éste un caballero que, por las muestras, despertó la cu-



riosidad y el interés de los literatos de su época. No sólo habla de él Cervantes. Lope de Vega lo cita igualmente, en su drama "La tragedia del Rey Don Sebastián y el bautismo del Príncipe de Marruecos". Dicho bautismo, según Lope, fué en el monasterio de El Escorial, aunque los historiadores Jerónimo de Quintana y León Pinelo afirmaron, con posterioridad, que se efectuó en el de las Descalzas Reales. Menéndez y Pelayo da más crédito al dramaturgo, que describió la ceremonia apenas celebrada, enumerando uno por uno a cuantos personajes de la corte asistieron a ella, y dándose él por presente —incluso dijo que iba por vez primera al Real Sitio—, con su poético seudónimo de *Belardo*.

Cree don Marcelino Menéndez y Pelayo que todos los datos aportados por Lope de Vega sobre el bautizo y sobre la estancia del Príncipe en Andújar, donde se desarrolla la segunda jornada del drama a que aludimos, son datos históricos. Y permítasenos señalar un caso digno de estudio. En la obra teatral se dice que el Príncipe comenzó a inclinarse hacia la Religión católica presenciando en Andújar la famosa romería de Nuestra Señora de la Cabeza. Hallábase en el santuario consagrado a la Virgen, y, con el ingenio de que daba continuas muestras, quiso burlarse de los episodios que iban sucediéndose. Hízolo en un principio; mas pronto sintió que se le encendía por los adentros una luz insospechada, en la que ardieron sus dudas y sus bromas. De allí salió dispuesto a aceptar la verdadera Fe. Al volver a Madrid cuidóse de que le instruyeran en la doctrina de Cristo, encargándose de ello los religiosos Mínimos, establecidos en el convento de la Victoria, junto a la Puerta del Sol. Sin embargo, la chispa que vino a abrasarle el alma brotó en el santuario andujareño, de cara a la Sierra Morena: en el mismo lugar donde, pasadas más de tres centurias, había de producirse aquella explosión de amor a Dios y a España que empujó al capitán Cortés y a sus hombres —y aun a las mujeres y a los niños— a una lucha imposible, a una magnífica epopeya que resplandece hoy en las páginas de la Historia, y que fué uno de los más bellos capítulos de nuestra Cruzada. La hoguera de 1.936 y 1.937, idéntica a la del Alcázar toledano, a la del Cuartel de Simancas y a la del cerco de Oviedo, se debió al chispazo que en las postrimerías del Siglo XVI prendió en el espíritu de un Príncipe cuyo retrato —no se conoce ningún otro— nos legó la pluma de Lope:



Modesto rostro y moreno;  
de cabello rizo y alto;  
alegre de ojos y falto  
de barba; fornido y lleno;  
fuerte, ligero, galán,  
a pie y a caballo airoso;  
llano, humilde y generoso...

Y todavía nos lo describe el Fénix en su novela "El desdichado por la honra", explicando las dudas que acometen al joven Felisardo, el cual teme que se le crea de linaje turbio, aunque él se tiene por hijodalgo. Confiase al virrey de Sicilia, quien le contesta, por tranquilizarle:

"... Y no sé yo por qué habéis de estar corrido, siendo, como sois, caballero, pues no lo está el Príncipe de Fez en Milán, sirviendo a Su Majestad con un hábito de Santiago a los pechos, y tan honrado del Rey Felipe II y de la señora Infanta que gobierna Flandes, que él le quitaba el sombrero y ella le hacía reverencia; porque la diferencia de las leyes no ofende la nobleza de la sangre."

De la estima en que se tuvo a nuestro personaje dará idea el hecho de que se dijese que esta calle del Príncipe, en la que se alza el palacio de la Cámara, debió su nombre al que llegó de Marruecos. Ya indicamos al principio el verdadero origen de tal denominación. Por otra parte, el error se demuestra muy fácilmente: en 1.568 ya existía el rótulo conservado hasta hoy, y el moro llegó a Madrid el año 1.593.

Fuera de cuanto queda consignado, lo que sabemos de un modo cierto es que Muley Xequé, Príncipe de Fez y de Marruecos, fué expulsado de su reino por Muley Meluc, su primo. Se trasladó a España; instalóse en Madrid por la fecha indicada; aquí se convirtió al catolicismo, según se ha dicho, y aquí fué bautizado, apadrinándole el Príncipe don Felipe—luego tercer Rey de este nombre— y la Infanta doña Isabel. Desde entonces se le conoció como Felipe de África, aunque, por las razones expuestas más arriba, muchos preferían llamarle *El Príncipe Negro*.

Felipe II tomóle gran afecto y le hizo la merced del hábito y la encomienda de Santiago, incorporándolo así a la nobleza española. Con ella asistió el 8 de noviembre de 1.598, a la entrada en la villa de Felipe III, ya proclamado Rey, por muerte de su padre. Iba en la muy honrosa compañía de don Pedro de Médicis; de los duques de Nájera, Pastrana, Medina Sido-



nia, Infantado y Alcalá; del almirante de Castilla; de los marqueses de Villena y de Santa Cruz, y de los condes de Lemus y de Alba de Liste. No faltó al besamanos en la plaza del Salvador, ni al solemne *Tedeum* en la iglesia de Santa María. Y, cuando, el 17 de enero de 1.608, fué jurado como Príncipe de Asturias el cuarto de los Felipes, aún no cumplidos los tres años, en San Jerónimo el Real, también estuvo presente el marroquí.

Del fervor católico de éste hace grandes elogios fray Jerónimo de Quintana, en su "Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid", publicada en 1.629. Refiere que, hallándose un día Felipe de África en el convento de los Mínimos de la Victoria con otros señores, llegó un demandador de las Ánimas del Purgatorio y le pidió para ellas. Felipe le aconsejó que acudiese a sus compañeros, pues él no tenía ninguna allá, respuesta que le celebraron, por aguda; "y, aunque tuvo alguna parte de agudeza (concluye fray Jerónimo), la tuvo mayor de Fe".

Si hay pocas noticias sobre la vida del *Príncipe Negro*, menos son las que se tienen acerca de su muerte. Quintana se limita a decir: "Últimamente murió en servicio de Su Majestad en Flandes." Algo más debemos a Menéndez y Pelayo, al que don Pascual de Gayangos, insigne investigador sevillano, le mostró un apunte que había copiado, el año 1.845, de la Kalendar de Uclés. Constaba en ella que el señor Philippus Vine-marín (acaso Benimerín), de África, Príncipe de Marruecos y comendador de Bézmarr y Albánchez, murió en 1.621.

En cuanto al lugar donde yacían sus restos, Mesonero Romanos indica, en su libro "El antiguo Madrid", que se trajo el cadáver a la villa y qué enterrado en el antiguo Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, de la calle de Toledo, luego Colegiata de San Isidro, y hoy Catedral bajo la misma advocación. Según Mesonero, en el templo reposan, además de Don Felipe, el Príncipe de Esquilache, Saavedra Fajardo, el padre Isla, el jesuita Juan Eugenio Nieremberg y otros preclaros varones. Conviene señalar que don Miguel Capella, en su obra a propósito de la Casa-Palacio de la Cámara, expone que los informes del famoso madrileño y madrileñista no aparecen confirmados en el archivo catedralicio, en el que sólo hay notas de enterramientos de prohombres más modernos; por ejemplo, Donoso Cortés, Moratín y Meléndez Valdés. De los antiguos no se cita más que al padre Nieremberg.



En 1.935, el vicario y deán de la Catedral creía que, a pesar de todo, no se equivocaban los cronistas respecto a la posibilidad de que se encontrasen allí los despojos de Muley Xequé, ya que, desde la fundación del Colegio Imperial, a fines del Siglo XVI, fué aquél un panteón de hombres ilustres, empezando por el bienaventurado Patrono San Isidro, cuyo cuerpo se conserva incorrupto. Lo que sucede es que la documentación y los fondos del archivo del Colegio se guardan ahora en el Archivo Histórico Nacional.

Sería allí adonde tendríamos que ir a buscar detalles concretos si, en realidad, nos interesase adquirirlos. Consideramos, sin embargo, que no se debe insistir mucho en lo que se relaciona con el protegido de Felipe II. Basta lo que va escrito para formarse una idea aproximada de cómo fué el primer habitante ilustre de la vivienda que hizo construir don Diego de Rois sobre las viejas Eras de San Sebastián. Si nos detuvimos gozosamente en trazar la semblanza no fué por fingir una erudición de la cual carecemos, sino en homenaje del gran Monarca español, víctima de tantas leyendas calumniosas y torpes. Le hemos visto acoger con amor y piedad a un fugitivo, ayudarlo en su conversión, disponer el solemne bautizo del catecúmeno, incorporarlo a su Corte, mantenerlo a su lado y confiárselo al que le sucedió en el trono para que lo utilizara en nuestros ejércitos. Y ello se hizo con un siervo de Mahoma, con un africano de oscura piel, a quien se le reconoció el título de Príncipe. Verdaderamente, los que en nuestra época enzarzan a negros contra blancos, fomentan el odio de razas y no quieren rendirse a las doctrinas que proclama la igualdad entre los hijos de Dios, tengan el color que tengan; los que así proceden, señores y amigos, tal vez acierten cuando piensan que la majestad de Felipe II es incomprensible para ellos. ¡Un Rey, que, a fines del Siglo XVI, cristianaba a los moros y los hacía caballeros de Santiago...! ¡He aquí el reflejo auténtico de la España intransigente, áspera, despótica, atrasada e inquisitorial!

Murió don Felipe de África en 1.621, como ya se dijo, y la "Casa Grande" conoció nuevos dueños e inquilinos. El marqués del Saltillo, en su magnífico y minucioso informe acerca de la finca, dice que el matrimonio Rois-Gámir se la vendió en setiembre de 1.623, al noble y opulento hidalgo portugués don Manuel de la Vega, poseedor del mayorazgo de Nuestra Señora



ra de la Palma y San Guillermo, fundado por Ruy López de Évora y doña Leonor Rodríguez, a los cuales sucedió el mencionado don Manuel. Y no se crea que la sucesión fué cosa fácil y cómoda, pues dió lugar a un pleito entre el hidalgo De la Vega y sus tres hermanos: don Nuño, don Luis y don Jerónimo. El largo litigio, iniciado en enero de 1.628, se transigió en abril de 1.637, por escritura ante Francisco Suárez de Ribera, y el hermano mayor cedió la propiedad a los tres que la pretendían. El condominio se refugió en don Nuño, por herencia de don Luis y don Jerónimo, y pasó más tarde, en febrero de 1.647, a la mujer de aquél, doña María Tinoco, la cual, por mandato del juez, tomó posesión del edificio.

Corridos casi cinco años, el 8 de noviembre de 1.651, doña María traspasó la propiedad a su sobrino don Diego Fernández Tinoco, por causa onerosa y con ocasión del matrimonio de este pariente. Ello dió motivo a un nuevo pleito, promovido por quien poseía entonces el mayorazgo de López de Évora. Llegóse, no obstante, a una transacción, merced a un censo de 7.000 ducados a favor del mayorazgo, arreglo que trajo las peores consecuencias para la familia Tinoco, dueña del inmueble, cuando éste vino a recaer en doña Leonor Fernández Tinoco, vizcondesa del Fresno, y, al morir la dama sin dejar sucesores, en su hermana doña Jacinta, casada con don Francisco Suárez de la Concha, marqués de Frêsneda.

A la hija de estos cónyuges fué a parar a la "Casa Grande", y hubo nuevas demandas ante la Justicia; pero eso ocurría ya en el Siglo XVIII, y parece natural que antes despidamos al XVII, aunque sea muy a la ligera y pasando como sobre aguas por muchos de los acontecimientos que se desarrollaron durante él, y de los que fueron testigos, cuando no protagonistas, diversos personajes residentes en la mansión donde ahora estamos reunidos. Desde aquí advertirían las torpezas e indecisiones de aquel Rey Felipe III, del que dijo su padre que habían de gobernarle, en vez de ser él quien gobernara. Y dolíase el prudente Monarca de que Dios, que le otorgó tantos Estados, le negase un hijo capaz de regirlos.

El augurio resultó cierto, porque el nuevo Soberano presétose a que lo manejara su valido, el duque de Lerma. Al nacer el siglo, trasladaron a Valladolid la capitalidad cuyo cuarto centenario celebramos actualmente, y con esto se arruinó la villa, sin que prosperase la urbe castellana. Hubo que deshacer lo hecho, cinco años más tarde. Y, mientras se iban sucediendo



los desastres en Flandes —sin otro respiro que la victoria de Ostende, hasta que se concertó la tregua de los doce años—, y surgían las luchas con los moriscos, organizábanse placenteras excursiones, torneos caballerescos y fiestas de toros y de caza. Lerma y los suyos acaparan riquezas y títulos, y, cuando se pretende perseguir la inmoralidad, hay que prender a muy altos funcionarios y a nobles como el marqués de Uceda.

Madrid, sin embargo, mejora poco a poco. Se transforma la plaza del Arrabal en plaza Mayor, que muy pronto va a ofrecérsenos remozada y embellecida. Se dota a la villa de aguas potables. Se funda el monasterio de la Encarnación, cuya traza romántica continúa deleitándonos. Y desde la "Casa Grande" van siguiéndose las intrigas palatinas, las maniobras de Uceda contra su padre, el duque de Lerma, a quien el Pontífice Paulo V hace cardenal, dándole el título de San Sixto. Sobrevienen el triunfo y la desgracia de don Rodrigo Calderón. El valido pierde la privanza por las maquinaciones del hijo; del padre Aliaga, confesor del Rey, y del conde de Olivares. El de Lemos tiene que retirarse a sus tierras de Monforte. Hay batallas en Venecia y en el Milanésado, y, para final, muere el Monarca, y su heredero, Felipe IV, ocupa el trono a los dieciséis años.

Así van girando los cangilones de la noria. Olivares arrebatada a Uceda la confianza regia y hace prender al gran duque de Osuna, ex virrey de Sicilia y de Nápoles. Con él se encarcela a sus más fieles servidores, incluso a don Francisco de Quevedo. Se decapita a don Rodrigo Calderón. Indultan a Uceda, y le conceden el virreinato de Cataluña, hasta que muere en 1.624. Muere Lerma también. Se canoniza a San Isidro, el campirano Patrono de Madrid. Se encienden nuevas guerras en Flandes, en Breda, en Alemania, en Italia, en Alsacia, en Milán, en los Países Bajos, en la Valtelina, en Picardía, en el Artois... El Príncipe Carlos de Estuardo viene a concertar su boda con la hermana del Rey católico, y fracasa en el empeño. Matan a Villamediana, a las puertas de su palacio. Arde la plaza Mayor, y el fuego no se extingue sino al tercer día. Se abre proceso contra veinticinco monjas del convento de San Plácido, a las que se tiene por endemoniadas. Escasean los recursos, y las Cortes votan recursos cuantiosos, en tanto que Olivares improvisa Juntas y más Juntas para sacar dineros. Y, como no conviene que Felipe se aburra ni se aflija, se manda hacer el maravilloso Buen Retiro, donde se representan comedias y se



organizan bailes espléndidos. Nace el teatro lírico en las funciones de la Zarzuela, entre las frondas de El Pardo. Triunfan en la escena Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Moreto, Vélez de Guevara, Rojas Zorrilla y Ruiz de Alarcón, y ganan fama de actrices la Calderona, la Baltasara y María Riquelme. Se extiende por doquier el resplandor de nuestros ingenios, con Cervantes, Quevedo, Góngora, Rioja, Gracián, Juan de Jáuregui y Saavedra Fajardo. En la pintura, *El Greco*, tan largo tiempo incomprendido, enlaza con Velázquez, Murillo, Ribera, Zurbarán, Valdés Leal, Carreño y Alonso Cano. De los escultores, siguen al maravilloso Berruguete los imagineros Martínez Montañés, Salcillo, Gregorio Fernández, el ya citado Alonso Cano, Pedro de Mena y Roldán, y su hija, *La Roldana*...

Pero no se calman las desventuras. Vuelve a guerrear en Cataluña. Portugal se emancipa. Se produce el gran desastre de Rocroi. El conde-duque de Olivares cae en desgracia, y van sustituyéndole don Luis de Haro, Sandoval, Medina de las Torres y Castrillo. Y, cuando, en 1.665, fallece el Rey, se proclama a su hijo, Carlos II, niño enfermizo, débil y dominado por su madre, Mariana de Austria.

Ya sólo cabe contar vergüenzas y fracaso. La camarilla palaciega se divide en dos bandos: uno, a favor de la Reina madre, y otro, fiel al Príncipe Juan José de Austria, el bastardo. Personajes sombríos o grotescos: el padre Nithard, el padre Reluz, el padre Froilán Díaz, fray Antonio Álvarez de Argüelles, Valenzuela, Eguía, *La Perdiz*, *El Cojo*... Guerras constantes en Cataluña, en Flandes, en Portugal, en el Franco-Condado, en el Rosellón, en Messina, en Luxemburgo, en Estrasburgo... Hambre, miseria, autos de fe —¡aquél de la plaza Mayor, en junio de 1.680, tan solemne y tremendo!—, hechizos, martirios, exorcismos, libelos, romances y letrillas:

*Rey inocente,  
reina traidora,  
pueblo cobarde,  
grandes sin honra...*

Y de este modo, casi a la paz que el pobre Rey Carlos II, muerto el día primero de noviembre de 1.700, dejando por heredero al Borbón Felipe de Anjou, se extingue el Siglo XVII, del que hemos intentado hacer un rápido bosquejo. Más hubieran querido contarnos quienes, a lo largo de la centuria, vivie-



ron en esta "Casa Grande". No sólo el *Príncipe Negro*, sino los restantes inquilinos del matrimonio Rois-Gámir y los que después ocuparon la finca, ya bajo el dominio del mayorazgo fundado por Ruy López de Évora, o de los dueños sucesivos.

Insisto, sin embargo, en que sería abusar de la bondad y la paciencia de cuantos me oyen entrar en fatigosos detalles. Por eso advertí que me limitaría a referirme a los principales moradores: uno, por cada centuria. Y, puesto que llegamos a la décimoctava, fijémonos en el que, a mi juicio, reclama nuestra atención con preferencia a otros: en don Francisco de Goyeneche, primer marqués de Ugena.

Ya he dicho que, al morir la vizcondesa del Fresno, doña Leonor Fernández Tinoco, la vivienda de las calles del Príncipe y de las Huertas pasó a ser propiedad de la hermana de aquélla, doña Jacinta, casada con el marqués de Fresneda. Heredóla después una hija de éstos: doña María Jacinta Suárez de la Concha. Y, como ni ella ni su esposo pudieron pagar el censo a favor del mayorazgo, inicióse un pleito más —¿quién sabe ya cuántos!—, y la finca salió a pública subasta el 26 de setiembre de 1.731. Entonces la adquirió don Juan Francisco Goyeneche, nacido en Arizcún, en el Baztán navarro. Como, a principios del Siglo XVIII, Madrid parecía dominado por las gentes de Navarra, no tardó en venir a la corte nuestro don Juan Francisco, llamado por un tío suyo, tesorero de la Reina Isabel de Farnesio. Inteligente y avispado resultó el sobrino, al que la Reina María Ana de Newburgo, viuda de Carlos II, hizo también su tesorero. Nombráronle, además, consejero de la Tesorería Mayor, y obtuvo el hábito de Santiago en 1.715, tras acreditar la nobleza de su estirpe no sólo por la rama de los Goyeneches, sino también por la de los Echeniques.

Don Juan Francisco se casó en Madrid, el citado año 1.715, con doña María de la Cruz Aedo, americana, de Maracaibo. (Tuvieron tres hijas, y la mayor, María Javiera, unióse en matrimonio con su primo Juan Javier de Goyeneche e Indaburu, conde de Saceda.) El de Arizcún se dedicó a los negocios. Fué proveedor de víveres y de rentas reales, y traficaba en goma, especiería y otros productos de Ultramar. Ganó bastantes millones, además de la herencia paterna, y así pudo adquirir, en 1.731, la "Casa Grande", por la que pagó 325.000 reales de vellón; otras de las calles de la Luna, Toledo y Mayor, y dos en el Postigo de San Martín. Sus especulaciones no le impe-



dían aspirar a un título nobiliario, y, para conseguirlo, compró la villa de Ugena. En 1733 le daban el señorío sobre la misma y el marquesado de igual nombre. Hizo construir la villa Nuevo Baztán, y creó en ella importantes industrias de vidrios y pieles.

Goyeneche ordenó derruir casi por completo la finca de la calle de las Huertas, para transformarla en palacio, el año 1734. Entonces colocaron en la del Príncipe la magnífica puerta barroca, existente aún. Es obra del gran arquitecto Pedro de Ribera, análoga a las portadas del viejo Hospicio, de la iglesia de Montserrat, del cuartel del Conde-Duque y de las residencias de Miraflores, Torrecilla, Perales y Oñate. Las hojas de esa puerta del Príncipe, de madera riquísima y con adornos de artística cerrajería, son las que ahora admiramos en la parte de las Huertas, donde el duque de Santoña hizo abrir otro acceso, como se dirá a su tiempo.

En los sótanos del edificio, además de las cuadras, cocheras y depósitos de agua, se dispusieron varios cuartos habitables. En el piso bajo estaban el patio y veintitrés habitaciones. Dos escaleras conducían a la planta principal, cuyas amplias estancias hallábanse mal distribuidas. La segunda tenía veintidós piezas, y aún quedaban los desvanes y los pajares. Conservóse la torre, que ya aparece en el plano de Madrid trazado por Wit de 1.615 a 1.625, y en el de Texeira de 1.676, y que coronaba el ángulo de la fachada; pero la derribaron en 1783, por amenazar ruina y porque su peso ponía en peligro el resto de la fábrica. Ello obligó a efectuar una nueva reforma.

Don Juan Francisco Goyeneche habitó en el palacio hasta que murió, el año 1744. Dejó un capital de 17.524.726 reales, que siguieron acrecentando sus descendientes; pero, más tarde, don Ignacio de Goyeneche y Múzquiz, marqués de Ugena y de Bezunce y conde de Saceda, en el que se refundieron los tres mayorazgos, se desprendió de ellos y los vendió, con las seis fincas unidas a los mismos, en 1.266.205 reales. En un principio fué anulada la venta, aunque se autorizó después, y así comenzaron a desmoronarse los caudales del ricachón navarro. En 1824, la "Casa Grande" había pasado a otras manos. Los últimos inquilinos de los Goyeneches fueron el Consejo Supremo de Guerra y Marina, que estuvo instalado aquí desde 1800 a 1814, y la Contaduría del Pósito, en 1815, más algunos arrendatarios particulares que no interesan a nuestro propósito, y de los que, por otra parte, no hay noticias concretas.



Habíase extinguido ya el Siglo XVIII, en el que España tuvo cuatro reyes: Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. Fué el signo terrible de la pérdida de Gibraltar, de la guerra de Secesión y de las luchas con Inglaterra, Francia, Austria y Sicilia; el del irremediable descenso del poderío español; el de los afanes de lujo del marqués de la Ensenada; del auge de Godoy y de las liviandades y devaneos de María Luisa... Pero, al mismo tiempo, fué el gran siglo de Madrid, que iba ensanchándose y embelleciéndose. Igual que las pobres casuchas de las Eras de San Sebastián el Nuevo se convirtieron en el ya soberbio palacio del marqués de Ugena, la villa de los Austrias inició sus avances, cuya meta iba a ser la urbe portentosa de nuestros días.

Felipe V crea el Seminario de Nobles, la Academia de la Lengua, la de la Historia y la de Medicina; la Real Librería, primera de nuestras bibliotecas nacionales; la Fábrica de Tapices de la plaza de Santa Bárbara, y, destruído por un incendio, en 1.734, el primitivo Alcázar, ordena, cuatro años más tarde, que se construya el actual. A Fernando VI y a su esposa, doña Bárbara de Braganza, les debemos el hermoso monasterio de las Salesas Reales, el templo de San Marcos, obra feliz del arquitecto Ventura Rodríguez; la Puerta de Hierro y las Academias de Nobles Artes de San Fernando y de Historia Eclesiástica, hoy Jurisprudencia. Y la desaparecida Greco-Latina. Y así llegamos a Carlos III...

Para Madrid, este Rey fué, acaso, el mejor de cuantos ciñeron la corona de España. Él hizo que se empedrasen, limpiasen y alumbrasen las calles, estableciendo, asimismo, la numeración de las casas y acabando con el clásico y repugnante "¡Agua va!", del que se habló al principio. El ornato urbano se enriqueció con las puertas de Alcalá y de Atocha, con las fuentes de Cibeles, Neptuno y Apolo, más las cuatro gemelas del paseo de Trajineros, o del Prado, y las de la Alcachofa y la Fama. Terminó el Palacio Real, y en su tiempo se construyeron el del duque de Liria y de Alba y los de Oñate, Miraflores, Torrecilla y Perales. Estableció en el Retiro la Fábrica de Porcelanas. Dió vida al Museo de Pinturas, al Observatorio Astronómico, al monumental edificio de la Aduana, o Ministerio de Hacienda; al Hospicio, al Banco de San Carlos y a la Sociedad Económica de Amigos del País. De su tiempo son la magnífica iglesia de San Francisco el Grande, la del Caballero de Gracia, la de San Antonio de la Florida, con los frescos de Goya; el teatro del



Príncipe, antiguo corral de comedias, que en la actualidad lleva el nombre de Teatro Español; la primera Casa de Correos, o de Postas, luego Ministerio de la Gobernación y hoy Dirección General de Seguridad; el Hospital Provincial y el Colegio Clínico de San Carlos...

Y aún tenemos que agradecerle al Siglo XVIII la Platería Martínez, el Monte de Piedad y la Caja de Ahorros, la ermita de la Virgen del Puerto y la Facultad de Veterinaria. Es el siglo de Goya, que resucitó la Pintura española, tan maltrecha con los triunfos de Jordán, Van Loo, los Tiépolo y Mengs; el de Pedro de Ribera y Juan de Villanueva; el de Ventura Rodríguez; el de don Ramón de la Cruz y Moratín, Feijóo y Torres Villarroel, Iriarte y Samaniego, Quintana y el padre Isla, Meléndez Valdés y Jovellanos... ¡Dichosa España, que, avanzando en su decadencia, encontró siempre el consuelo de ver cómo surgían y ganaban constantes batallas los maestros inolvidables!

Ya hemos entrado en el Siglo XIX. Algunos de los que estamos aquí reunidos hemos nacido en aquella centuria, y sospecho que los demás la conocen a fondo. Se trata del siglo de nuestros mayores duelos y nuestras más duras catástrofes. Empezó con Trafalgar y la guerra de la Independencia, y terminó con el desastre colonial. Conoció la invasión napoleónica, el absolutismo de Fernando VII, los siete años de mando de la Reina Gobernadora, los del general Espartero, el período tumultuoso de Isabel II, de 1.843 a 1.868, con luchas civiles, pronunciamientos, cuarteladas, conspiraciones y peleas a tiros por las calles; Amadeo, la República de los cuatro presidentes en once meses, Pavía, la Restauración, Alfonso XII, la Regencia de doña María Cristina de Habsburgo, Alfonso XIII niño... El marqués de Perales, muerto por el populacho. Los asesinatos de Prim y de Cánovas del Castillo. Villacampa y el cuartel de San Gil. Diego de León y los rebeldes de Santo Domingo de la Calzada. La partida del Trueno y la de la Porra. Acolea, Luis Candelas. Arengas y discursos, en La Fontana de Oro, en Lorencini y en La Cruz de Malta. Auge de la Prensa con "El Imparcial", "El Español", "La Iberia", "El Globo", "El Herald", "La Correspondencia" y "El Liberal", "El Semanario Pintoresco", "La Ilustración Española y Americana" y "El Periódico para Todos" son los precursores de "Blanco y Negro" y "Nuevo Mundo", y las revistas de escándalo y de sátiras, nacidas con



"Fray Gerundio", "El Huracán", "La Gorda", "La Flaca", "El Zurriago", "El Guirigay", "La Estaca", "Motín", "El Fusil" y "El Cencerro", se ennoblecen y dignifican con "La Filoxera", "La Broma", "Don Quijote", "Madrid Cómico" y "Gedeón".

Se repite el caso del Siglo XVII. España se desangra, pero las Letras y las Artes crecen en poderío. En el XIX logran victorias inmarcesibles los poetas Zorrilla, Bécquer, Espronceda, Juan Nicasio Gallego, Alberto Lista, Hartzenbusch, Gertrudis Gómez de Avellaneda, el duque de Rivas, Selgas, Ricardo Gil, Núñez de Arce, Campoamor, Balart, Velarde, Manuel del Palacio, Ferrari, Salvador Rueda... En la novela piden puesto Galdós, Alarcón, Pereda, Valera, Palacio Valdés, Fernández y González y Octavio Picón, e inician su labor Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja y Ramón del Valle-Inclán. Costumbristas y críticos siguen las huellas de Mesonero Romanos: Mariano José de Larra, Eusebio Blasco, los dos Sepúlvedas, Pérez y González, *Fernán Caballero*, Estébanez Calderón, Navarro Ledesma y Royo Villanova. El teatro es refugio glorioso de García Gutiérrez, Marcos Zapata, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y su hijo Ricardo, Eulogio Florentino Sanz, Narciso Serra, Miguel Agustín Príncipe, López de Ayala, Tamayo y Baus, Rodríguez Rubí, José y Miguel Echegaray, Enrique Gaspar, Guimerá, Feliu y Codina, Eugenio Sellés, Dicenta, Tomás Lucero, Javier de Burgos, Escalante, Ramos Carrión y Vital Aza. Aroman Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Arniches, López Silva y Fernández Shaw... Cito nombres según me acuden a la memoria. Y a ellos hay que unir compositores como Barbieri, Gaztambide, Arrieta, Hernando, Oudrid, Marqués, Fernández Caballero, Chapí, Bretón y Chueca, más el insigne Isaac Albéniz, sin que sea lícito olvidar a los intérpretes: las actrices Matilde Díez, Teodora y Bárbara Lamadrid, Elisa Boldún, Elisa Mendoza Tenorio, Antonia Contreras, Amparo Guillén, María Tubau, Balbina Valverde, Matilde Rodríguez, y, junto a ellas, las noveles Mariquita Guerrero, Carmen Cobeña, Rosario Pino, Lucrecia Arana y Matilde Pretel. De los actores, Isidoro Máiquez, Julián Romea y su sobrino Julianito, Antonio Vico, Rafael Calvo y su hermano Ricardo, Mariano Fernández, Joaquín Arjona, Antonio Guzmán, Carlos Latorre, Pedro Delgado, José Valero, Emilio Mario, Francisco Arderius, Miguel Cepillo, José y Emilio Mesejo, Mariano de Larra, Juan Balaguer, Pepe Rubio, Pepe Santiago... ¡Héroes de nuestra farándula, a muchos de los cuales hemos aplaudido con entusiasmo!



En la pintura, todavía alcanzó el Siglo XIX a Goya y Vicente López, y detrás de ellos fueron Alenza, Esquivel, Lucas, los Madrazo, Fortuny, Rosales, Pradilla, Sala, Villegas, Casto Plasencia, Gisbert, Casado del Alisal, Domingo Marqués, Muñoz Degrain, Jiménez Aranda, Moreno Carbonero, Gonzalo Bilbao, Sorolla, Martínez Cubells, Urgell, Ramón Casas y Rusiñol... Benlliure, Querol, Marinas, Blay, Suñol y Alcobarro van a la vanguardia de los escultores, y aún deben recordarse los dibujos de Ortego, Urrabieta Vierge, Pellicer, Unceta y Perea, y la brillantísima legión de ilustradores de "Blanco y Negro".

Madrid enorgulleciase con todas estas éminentes figuras, mientras atendía a su engrandecimiento urbano con el edificio del Congreso, y el del Senado, y la Biblioteca Nacional, y el Teatro Real, y el de la Zarzuela, y el de Apolo. Se extasiaba con el tren de Aranjuez, demollía puertas, portillos, casuchas a la malicia, coserones como el de *Tócame Roque* y cárceles como la del Saladero, y gozaba con el regalo del agua al crearse el Canal de Isabel II, y del gas, y de la luz eléctrica, y del teléfono. A las posadas cochambrosas y a los sombríos figones de antaño las iban sustituyendo las fondas Genyeis, de Canosa, del Comercio y de los Leones de Oro, y Lhardy, y Tournié, y, más tarde, el hotel de París, y el *de la Paix*, y el de Roma, y el Inglés, y el de Rusia. Empezaba a desvanecerse el lugarón manchego, y nacía la ciudad moderna, que ya ha alcanzado su máximo esplendor. Y, naturalmente, esta "Casa Grande" tuvo que seguir el mismo ritmo que la villa. No era bastante la transformación que mandó hacer el marqués de Ugena, cuyos herederos, aun habiéndose desprendido ya de la finca, volvieron a ocuparla hacia 1.853. Por aquellas fechas vivían aquí los condes de Saceda, emparentados, como se ha dicho, con los Goyeneches. Después ocupan la finca el marqués de Isasi y su madre, doña María Ignacia del Castillo. Y, al cabo, en 1.874, la compra don Juan Manuel de Manzanedo. Él es quien dispone la nueva reforma del palacio. Cabe decir que se hizo otro distinto. Y así entramos en el capítulo más apasionante de esta verídica historia.

Manzanedo pertenecía a una honrada familia montañesa, falta de bienes propios. Su infancia no fué muy alegre, y, ya mozo, emigró a Cuba, donde se consagró a negocios de Banca, logrando con ello una gran fortuna. Volvióse a España en 1.845, y fué diputado y senador, para desempeñar luego otros cargos



políticos. Contribuyó con fuertes sumas a socorrer a las víctimas del cólera morbo en Filipinas y en Puerto Rico, y ayudó a los gastos de la guerra de África de 1.860, con el envío, a su costa, de un centenar de cazadores y sus jefes, todos ellos muy bien pertrechados. La Reina Isabel II quiso corresponder a tales servicios, y le otorgó, en 1.864, el título de marqués de Manzanedo.

Al caer los Borbones, don Juan Manuel trabajó sin descanso en favor de la Restauración, y aportó sus caudales a aquel empeño. Una vez que Alfonso XII ocupó el trono, el marqués fué enviado a París, a fin de que asistiese, en nombre del Gobierno de España, el 11 de marzo de 1.875, a la firma del acta en que el general carlista don Ramón Cabrera reconoció la legitimidad del nuevo Rey. Y en el mismo año se volvió a premiar la lealtad de Manzanedo con el ducado de Santoña.

El prócer montañés se había casado, el 18 de diciembre de 1.873, con doña María del Carmen Hernández Espinosa, viuda de Heredia, la cual tuvo en su primer matrimonio un hijo, que se llamaba José. A los pocos meses de su boda, adquirió don Juan Manuel este edificio, e inmediatamente comenzaron las obras, que duraron dos años. Como el ilustre Fernando Chueca va a hacer la historia del palacio en su aspecto arquitectónico, a lo que él diga, con su indiscutible autoridad, hemos de atenernos. Supongo que nos describirá la portada que trazó Pedro de Ribera, según testimonios que se dan por verídicos, y reproducida luego en la calle de las Huertas; el zaguán y la escalera de gala, el vestíbulo y las galerías, el gran comedor, el salón de fiestas, el turco, el japonés, el pompeyano, el Luis XIV, la rotonda y el tocador de la duquesa, aparte del patio central, los sótanos con las cocinas, caballerizas, lavaderos y servicios de calefacción; la mayordomía, oficinas y despachos de la planta baja; los dormitorios, gabinetes y baños del segundo piso, y las habitaciones de la servidumbre y cuartos de costura y plancha de los sotabancos. Nos hablará de mármoles de Carrara, ágatas, alabastro, bronce, maderas talladas, lámparas y candelabros, espejos, vidrieras artísticas, marfiles, porcelanas, orfebrería, herrajes, tapices, esculturas de Canova, Nicoli, Suñol y Oms, y techos, paneles y cuadros pintados por David, Francisco Sanz, Gomar, Alejo Vera, Ramón Olavide, Bueso, Plácido Francés, Manuel Domínguez, Francisco Pla y José Vallejo. Todo lo que exigieron los Santoña



para esta mansión espléndida, tan felizmente restaurada hoy por mandato de la Cámara.

La que fué residencia del *Príncipe Negro*, frontera a la cual vivió Miguel de Cervantes, y cuyos inquilinos vieron pasar, el 27 de agosto de 1.635, a la muchedumbre que acompañó a Lope de Vega, muerto, desde la casa de la calle de Francos al cementerio de la iglesia de San Sebastián; la que albergó al Consejo Supremo de Guerra, donde ejercía sus funciones de archivero el fabulista don Tomás de Iriarte; la que se engalanó con un soberbio arco de triunfo para festejar las bodas de Fernando VII y María Cristina de Borbón y de Parma, el 21 de diciembre de 1.824, logró, cincuenta años más tarde de este último acontecimiento, su mayor magnificencia.

El sarao con que se inauguró el palacio resultó brillantísimo, aunque lo desluciera el hecho de que, mientras se celebraba, estallase un petardo en la calle de las Huertas. Como al sarao asistió el Rey Alfonso XII, temióse que se tratara de un atentado, y los periódicos se abstuvieron de relatar la fiesta. Sucediéronse luego comidas, recepciones y bailes. A alguno de ellos acudió el Monarca en unión de su esposa, doña María de las Mercedes, y después con doña María Cristina. La noche en que la primera de las Reinas honró los soberbios salones, dispuso la duquesa que adornasen la escalera de honor y los muros de varias estancias con raso del mismo color y de la misma calidad que el que se empleó para el vestido de Su Majestad.

Rasgos como éste eran muy frecuentes en la dueña de la "Casa Grande". Siempre que daba una velada había en su *boudoir* alfileres de oro que las señoras podían utilizar en sus prendidos. Gastaba sin duelo, y en sus viajes adquiría, para el adorno de su hogar, cuadros de las mejores firmas y riquísimas cerámicas y cristalerías de Sajonia y de Bohemia. Sus joyas eran fastuosas, y pagó doscientas mil pesetas —“ de las de entonces”— por el aderezo que lució en la ceremonia del enlace de doña Mercedes y don Alfonso. En sus cocheras tenía carruajes de alto precio, en uno de los cuales se podían enganchar hasta ocho caballos, lo mismo que en las carrozas reales. Y, no obstante su vida fastuosa, el matrimonio no olvidaba a los desvalidos y sostenía diversas asociaciones benéficas. Sufragó la construcción de un hospital para niños pobres en el barrio de las Peñuelas. Protegía a los escritores y a los artis-



tas, ayudando con largueza a la Sociedad en que se agrupaban: la misma que admiramos en nuestra época.

Tal vez esto creó cierto ambiente hostil en torno a los duques. Se cuenta que en la aristocracia eran frecuentes los piques, recelos y discordias. Hubo damas famosas por su ingenio y mordacidad. La condesa de Campo Alange, cuyo donaire ha pasado a los anecdotarios, decía que su lengua era su Guardia Civil. "Ella me defiende." En ocasiones, a lo largo de cualquier conversación, dábale leves golpes en las mejillas, sin ningún disimulo. Preguntáronle por qué lo hacía, y contestó:

—Son bofetaditas para castigar la cara de tonta que debo de tener, puesto que pretenden obligarme a decir ciertas cosas...

No era fácil llegar a las casas de auténtica alcurnia, ni a las de relativo buen tono. A los almuerzos de la marquesa de Esquilache iban los más ilustres personajes, y el político don Augusto González Besada sentía el deseo pueril de acudir a ellos. No podía conseguirlo porque no ocupaba ningún cargo. Sólo cuando lo nombraron Ministro de Hacienda recibió una invitación, que él rehusó gentilmente y con toda su fina socarrería gallega:

"Figúrese cuánto deploro no sentarme a su mesa. Viene el convite en días de excesivo trabajo para mí, hasta el punto de que diariamente como en el ministerio..."

El duque de Santoña murió en la villa santanderina de este nombre el 19 de agosto de 1.882. Cuatro días antes había legado a su mujer, por codicilo testamentario, la quinta parte de su hacienda, además de haberle reconocido, el 30 de julio de 1.879, veinticuatro millones de reales en concepto de arras y alfileres. El resto de la fortuna (con excepción del palacio, del que seguiría siendo propietaria la duquesa) pasaba a una hija natural que don Juan Manuel tuvo en La Habana, fruto de sus amores con Luisa Intentas. Dicha hija, llamada Josefina Manzanedo, por hallarse legalmente reconocida, y esposa de don Francisco Mitjans, intervino en la testamentaria exigiendo cuentas y justificantes, y ello dió lugar a un fatigoso pleito, que duró cerca de diez años.

Vale más no hablar del litigio, por respeto a los que ya no existen y a las nobles familias que posteriormente emparentaron con los Santoñas y los Manzanedos. El pueblo de Madrid siguió con encendida curiosidad aquella disputa, en la que intervinieron los más famosos abogados: Montero Ríos, Salmerón, don Francisco y don Luis Silvela, Moret, Cristino Martos,



Castelar, Azcárate, don Germán Gamazo, Díaz Cobeña, Barroso, García Prieto, Bernabé Dávila y otros de parecido renombre. Hasta se hicieron aleluyas a propósito de tal litispendencia, y todavía llegó a mí, pasado más de un lustro, un pliego de ellas, de las que recuerdo el siguiente pareado:

*La vida se le emponzoña  
a la duquesa Santoña.*

De cómo se le emponzoñó, en efecto, es buena prueba el libro en que relataba las incidencias del pleito, desde que fué iniciado hasta que se firmó, el 6 de setiembre de 1.891, el laudo que dictaron, como amigables componedores, Gamazo y Azcárate, con un voto particular de Montero Ríos. El Tribunal Supremo, que había emitido ya dos sentencias, dió una tercera aceptando el laudo, y la duquesa, considerándose perjudicada, entabló recurso en contra. Fué denegado el 5 de enero de 1.892..., y lo perdió todo. Ella misma declara en su libro que el 25 de enero de 1.890 poseía un capital de sesenta millones de pesetas, y que el 25 de agosto de 1.893 hallábase en completa ruina. Fueron las consecuencias del litigio. Para llevarlo adelante contrajo deudas, firmó escrituras, hipotecó propiedades, vendió joyas, solicitó préstamos personales y acabó por verse envuelta en una maraña de la que no pudo salir. Embargadas sus fincas, sobrevino el lanzamiento judicial, y, a solicitud del acreedor don Enrique Parrella, que había adquirido el palacio de la calle del Príncipe, tuvo que abandonarlo la infeliz señora. Acojióse ésta, según determinados informes, a la hospitalidad que un antiguo y fiel servidor le ofreció en París, y en la capital francesa murió, a fines de 1.894.

Fué una triste y dolorosa etapa, sobre la que hoy conviene guardar silencio. Si removiésemos y ahondásemos en los episodios de últimos de siglo, el palacio de la Cámara de la Industria temblaría, quizá, sobre sus cimientos. Es mejor que evoquemos los tiempos alegres, como hasta aquí. Todavía quedan otros, aunque tampoco faltan duelos ni lágrimas...

Don Enrique Parrella, una vez en posesión del palacio de Santoña, se lo vendió en 1.894, a las hermanas doña María y doña Rosa Saint-Aubin y Bonnefon, la primera de ellas esposa del insigne político don José Canalejas. No intervino éste en la compra, ni participó en la propiedad de la finca, cuyo impor-



te era cuatrocientas mil pesetas, que abonaron las adquirentes con sus bienes propios. Don José limitóse a compartir la vivienda con su cónyuge, y, cuando ésta murió, en 1.897, siguió habitando aquí, incluso después de contraer segundas nupcias con doña María Fernández Cadenas, aunque entonces compró un edificio anejo, con salida a la plaza de Santa Ana, en el que instaló su residencia privada y los despachos para los pasantes de su bufete de abogado. En su testamento renunció el estadista al condominio de la "Casa Grande", y cedió la cuarta parte que legalmente le correspondía a unos sobrinos suyos, hijos de su hermano don Luis. Dichos sobrinos vendieron la mencionada parte a doña Rosa Saint-Aubin, la cual quedó como dueña absoluta.

La ocupación del palacio por Canalejas, sobre todo en sus últimos tiempos, va unida a los mejores recuerdos de mi juventud. Nuestra amistad nació el año 1.905, siendo él presidente del Congreso de los Diputados y trabajando yo en la tribuna de Prensa, donde hacía el extracto de las sesiones para el diario "El Nacional". Los periodistas éramos muy adictos a don José, porque, al fin y al cabo, era el propietario del "Heraldo de Madrid", y porque facilitaba nuestra labor dándonos copiosa y amena información de los diversos acontecimientos. Su despacho estaba a todas horas abierto para nosotros, que a veces nos excedíamos en la confianza. Él solía disculparlo, pues le divertían mucho nuestras ocurrencias. Teníamos por costumbre enviarle al estrado presidencial unas caricaturas de tipos y escenas del Parlamento, a las que añadía yo ligeras apostillas en verso. Aceptábalas el prohombre con el mayor regocijo, y recibíamos el codiciado premio de unos paquetes de caramelos, de los que se hacía gran consumo en la Cámara, y que permitían a los diputados jóvenes —y a muchos viejos, no hay por qué ocultarlo— presumir con las guapas damiselas de los palcos.

Pero no siempre tenían éxito aquellas travesuras, y las consecuencias de algunas fueron poco agradables. Don José contrajo matrimonio por segunda vez, y lo hizo en la intimidad y sin que la boda trascendiese al público. Nosotros la supimos, y obsequiamos al señor presidente con un dibujo en el que todos los informadores, sin excluir al maestro *Azorín*, actuábamos como intrépidos murguistas ante el palacio de la calle de las Huertas. Y no olvido la redondilla escrita por mí:



*Cuando se casa un Don Juan  
en donde menos se piensa,  
a darle un concierto van  
los músicos de la Prensa.*

Entregaron a don José la importante cuartilla, y, como sucedía siempre, los secretarios de la Mesa acudieron a verla; mas él no les dió tiempo. Fruncido el ceño y con aire de mal humor, rompió el papel en mil pedazos, mientras miraba, colérico, a nuestra tribuna. Fué la única tarde que nos quedamos sin caramelos.

Para firmar las paces aguardamos una ocasión propicia, que surgió muy pronto. Por entonces se afeitó Canalejas la barba que le daba tanto carácter. Y el mismo día que se presentó en el Congreso con las mejillas rasuradas y sin más que el poblado bigote, le hicimos un regalo: una colección de caricaturas de políticos eminentes y bien barbados, aunque los pintamos libres de adornos capilares: Maura y Vázquez de Mella, Salmerón y Azcárate, López Domínguez y Luque, don Alejandro Pidal y don Faustino Rodríguez San Pedro, Aguilera y Barroso... Y, como remate, los rípios de rigor:

*Cuando empiecen a caer  
las barbas de tanta gente,  
¿a quién podrá conocer  
el querido presidente?*

Aquella vez no se enfadó nadie.

Nombrado Canalejas, en febrero de 1.910, jefe del Gobierno, tuvo que formar uno en el que, salvo el conde de Romanones, don Manuel García Prieto y don Eduardo Cobián, los restantes ministros eran de escasa categoría, aunque amigos incondicionales suyos. En realidad, él desempeñaba las carteras que les adjudicó. Aún viven periodistas que presenciaron, como yo, en esta misma casa, en el salón turco donde tenía su escritorio don José, y donde acostumbraba a recibirnos a primera hora de la tarde, la pintoresca escena en que nos expresó la capacidad política de varios de sus colaboradores golpeando con los nudillos en el tablero de la mesa.

—¿Fulano? —decía—. ¡Esto! (Y daba dos golpes...) ¡Zutano? ¡Esto! (Tres golpecitos...) ¡Mengano? ¡Esto! (Seis o siete...)

—¿Y Perencejo? —preguntó alguien con aire de inocencia.



Y el presidente empezó un vivo repique, interrumpiéndolo para exclamar:

—¡Caramba! No sigo, porque voy a destrozarme los dedos...

Los periodistas veníamos al palacio como si fuera nuestro. El que llegaba antes que don José metíase en el despacho o en la biblioteca y se ponía a leer periódicos y a repasar libros. A veces interrumpía las entrevistas la presencia del hijo, Pepito, que entraba a pedirle algo a su padre. Cierta mañana apareció lloroso, porque se había herido manejando una imprentilla de juguete. Canalejas procuró consolarle y le entregó un duro, diciéndole:

—Toma, tu indemnización por el accidente del trabajo. Si no te la pagara y se enterase don Gumersindo Azcárate, sería capaz de echar sobre mí el Instituto de Reformas Sociales en pleno.

Celebrábanse en este lugar las obligadas reuniones de las mayorías parlamentarias, y no faltábamos a ellas los reporteros, seguros de que saldríamos con buena provisión de noticias. Eran fiestas brillantísimas, en las que solían producirse lances que bastarían para llenar un volumen. Ocurrió una noche que el señor Fernández Blanco, fidelísimo correligionario y amigo de Canalejas cedió a la inocente coquetería de teñirse el pelo y presentóse en estos salones luciendo una cabellera endrina. Don José iba de grupo en grupo y, al pasar junto a nuestro hombre, se limitó a hacerle una ceremoniosa reverencia, con lo que le dejó estupefacto y afligido. Se enteró del caso el conde de Pinofiel, y fué a preguntar al jefe, con quien tenía mucha intimidad:

—¿Qué te ha hecho Fernández Blanco? El pobre está desesperado, porque apenas si has querido saludarle.

—¿Yo?... Pero... ¿está aquí? ¡Si no le he visto!... Vé y dile que venga...

Y, a los pocos minutos, al presentarse el buen caballero, exclamó Canalejas, abrazándole:

—¡Acabáramos!... ¿Cómo iba yo a suponer que fueses Fernández Blanco, si te has disfrazado de Fernández Negro?

El vivo ingenio del presidente daba relieve y encanto a aquellas solemnidades. Si le hablaban de su época de lucha, decía, alegremente: "¡Qué tiempos tan hermosos, en los que hasta Fulano tenía talento!..." Le preguntaron cómo se resolverían ciertas reclamaciones hechas a España por el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, M. Pichon, y se apresuró



a contestar: "Nombraré yo ministro de Estado a Palomo (un senador de su grupo), y allá se las arreglen los dos. ¡Será bonito ver a un Palomo y a un Pichon peleándose!..." Y un necio que, aludiendo a dos personajes del Gobierno, se extrañaba, en cierta recepción de Año Nuevo, de que don José pensara subir la cuesta de enero con aquel tiro de mulas, obtuvo rápida respuesta: "¿Y qué voy a hacer, si no tengo otro? Pero vive tranquilo, que, si necesito un encuarte, me acordaré de ti."

No acabaría uno de contar historietas. Si los muros del palacio hablasen, nos enteraríamos de muchos secretos de la política española en la primera década de este siglo. Y todo acabó aquella mañana del 12 de noviembre de 1.912, en que el caudillo liberal salió de aquí para que se cumpliera su destino. Marchó por la calle de las Huertas a la plaza del Ángel y, siguió por Espoz y Mina para entrar en la Puerta del Sol. Iba al Ministerio de la Gobernación, mas se detuvo antes a ver los tomos del escaparate de la librería de San Martín. Allí le asesinó por la espalda el anarquista Manuel Pardinas...

Lo demás es cosa reciente, pese a que han transcurrido bastantes años. Rosa Saint-Aubin murió en 1.931, y, en 1.933, sus testamentarios vendieron la "Casa Grande" a la Cámara de la Industria, presidida por el prestigiosísimo don Casimiro Mahou, y con don Francisco Carvajal y Marín al frente de la Secretaría. El mármol y el bronce lo recuerdan en esa escalera de honor. Pero lo que allí no se dice es que en nuestros días, tras el terrible drama de nuestra guerra, se ha hecho la maravillosa restauración que mereció tan cálidos y unánimes elogios. Una vez más, Hermes y Mercurio tienden las manos a Apolo y Minerva, y gracias a ellos resplandecen en el palacio histórico la Belleza y el Arte. Dios premie a la Cámara su gesto hidalgo y su pródiga liberalidad, y le otorgue los triunfos que deben unirse a los que obtuvo en medio siglo fértil y fecundo. Por ellos hago votos, y concluyo dándoo las gracias.

He dicho.







FERNANDO CHUECA GOITIA

## HISTORIA DE UN PALACIO

Conferencia pronunciada  
el día 9 de octubre de 1.961, en la  
Cámara Oficial de la Industria de Madrid



HERNANDO CUBELA GONIA

## HISTORIA DE UN PALACIO

Contenido general  
al fin y al cabo de la vida  
Cámara Oficial de la Industria de Madrid

hu  
de  
clo  
div  
po  
eje  
lla  
no  
  
los  
cas  
be  
lon  
pa  
ca  
cio  
"C  
Fi  
ter  
far  
as



Señoras y señores:

A los edificios les sucede lo que a las personas de carne y hueso: que su fortuna es tan diversa como su condición.

Personas que nacieron encumbradas fallecen pobres; otras de humildes orígenes suben a la cúspide; otras recorren un ciclo más completo todavía, subiendo y bajando con alternativas diversas. Dicen que la fortuna es caprichosa y tornadiza. Tampoco es del todo cierto, porque a veces es de una testarudez ejemplar en la adversidad o en la ventura. A eso se le suele llamar racha. Ya llegó la buena o ya llegó la mala, y para algunos toda la vida es una sola racha.

También los edificios, como decimos, participan de todos los avatares de la fortuna. Pero lo melancólico es que en este caso abunda más el signo decreciente. El palacio que fué soberbia residencia aristocrática, que poco a poco baja los escalones de la suerte y se convierte primero en morada burguesa para terminar en múltiple colmena de menestrales o, en algunos casos extremos, en ruínosa guarida de menesterosos. El edificio dura más que el individuo, y la duración es decrepitud. "Cada año que pasa nos roba algo muy nuestro", dijo Horacio. Figúrense los años que pasan por los edificios. En este caso, tendríamos que compararlos, más que a los individuos, a las familias, y pocas familias duran muchas generaciones en línea ascendente o, por lo menos, en línea horizontal.

Pero, sin embargo, las excepciones no faltan, y existen edi-



ficios afortunados que, al correr del tiempo, han mantenido su rango y, como los buenos vinos, han mejorado al envejecer. Entre éstos no cabe duda que puede ponerse el palacio de la calle de las Huertas, muy transformado, es cierto, pero siempre salvado de los incesantes vaivenes de la vida y siempre renacido como ave fénix cuando parecía estar al borde del naufragio.

Además, por si fuera poco, este palacio ha tenido la no escasa suerte de encontrar un biógrafo excepcional en la persona de don Miguel Capella. Esto lo podía hacer mejor que nadie, porque, entre otras circunstancias que le capacitaban especialmente, ha tenido el privilegio de vivir muchos años entre sus muros venerables, siendo, día a día, el amoroso contemplador de tanta riqueza acumulada y el celoso custodio de su integridad.

Yo creo que Capella ha experimentado, en esa larga convivencia, aquello que expresó admirablemente el gran escritor francés contemporáneo Saint Exupéry, y que no resisto a citar: "¡Ah!, lo maravilloso de una casa no es que nos abrigue, que nos caliente ni que uno sea dueño de sus muros, sino más bien que haya depositado lentamente en nosotros una inefable copia de dulces sentimientos. Que forme ella, en el fondo del corazón, ese macizo oscuro del cual nacen los sueños como agua de manantial." Capella no sólo ha vivido entre sus muros, acompañado por los áureos reflejos de cornucopias y guirnaldas, sino que ha vivido y revivido a través de las sombras de sus diversos moradores, resucitando un pasado rico en efemérides y denso en recuerdos.

Por eso la fortuna no sólo ha salvado la casa a través de las sucesivas etapas de su ya larga vida, de cada una de las cuales ha quedado siempre algo, sino que ha salvado a su vez su historia, la que anima y explica su bella apariencia, como el ánimo insufla y da vida al cuerpo hermoso. Una realidad sin historia es menos realidad; una historia sin realidad es menos historia, o acaso no es historia del todo.

No vamos aquí a repetir la pormenorizada crónica de esta casa, porque ya lo ha hecho magistralmente su biógrafo. Nos vamos a reducir, pues, a glosarla brevemente, haciendo leves excursiones y rodeos en torno a los paisajes que a su paso descubre. Basándose en fuentes conocidas, don Miguel Capella nos dice que el origen del edificio se remonta a los últimos años del reinado de Carlos V. Mesonero Romanos, y más recientemente



el marqués del Saltillo, ofrecen datos ciertos de las casas que ocupaban el lugar y de sus dueños. Parece que vivió en este sitio *El Príncipe Negro*, o Príncipe de Marruecos. Buen nombre, para incorporar a la casa su dosis de leyenda romántica, imprescindible en todas las de abolengo. Este hijo de un sultán de Marruecos, expatriado y converso, hizo mucho ruido en las Cortes de Felipe II y Felipe III. Pero dejemos lo anecdótico, porque lo que ahora nos interesa es la primera aparición plástica y visible de esta casa en un documento gráfico. Nos referimos al plano de Pedro de Texeira, grabado en Amberes en 1.656. En este plano aparece la casa clara y distinta, con las dimensiones y disposición general que, *mutatis mutandis*, desde entonces se conserva. El dibujo nos descubre la fachada de la calle de las Huertas con sus siete huecos en la planta principal, que son los mismos que ahora tiene. La casa es sencilla, pero destaca de todas las del contorno por su amplitud y acompasado continente. Es, pues, ya desde entonces, casa prócer y principal.

El rasgo arquitectónico más señalado es una torre en el ángulo de las calles del Príncipe y las Huertas, con airoso chapitel, linterna y veleta. Esta torre ha desaparecido, y no recientemente, pues en el modelo en madera del coronel Gil Palacio, fechado en 1.830, ya no existe. Debíó de desaparecer en las reformas del Siglo XVIII.

Esta torre debía de resultar muy forzada, pues las calles de las Huertas y Príncipe formaban, y forman, un ángulo muy agudo, que tenía que producir un chapitel de planta muy romboidal. No cabe pensar que sea una fantasía del geógrafo Pedro Texeira, porque la escrupulosidad de su plano está más que probada. El propio Texeira nos da testimonio de su fidelidad en la nota que incluye en el plano mismo, y que dice:

"Topografía de la villa de Madrid.

"Descrita por don Pedro Texeira.

"Año 1.656.

"En la cual se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las rinconadas y lo que tuercen las plazas, fuentes, jardines y huertas, con la disposición que tienen las parroquias, monasterios y hospitales. Están señalados sus nombres con letras y números, que se hallarán en la tabla, y los edificios, torres y delanteras de las casas de la parte que mira



al Mediodía están sacadas al natural, que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas."

Si con tanta escrupulosidad ha contado puertas y ventanas, no podía pasarse motivo de tanto bulto como esta torre.

Sigamos, pues, con la historia de la casa, y demos por sentado que tuvo torre. El marqués del Saltillo documenta puntualmente que en 1.731 don Juan Francisco Goyeneche, marqués de Ugena, compró esta finca a la vizcondesa de Fresno. La familia de los Goyeneche, oriunda del valle de Baztán, en Navarra, adquirió mucho valimiento en la corte gracias al talento financiero de sus miembros, que con la fortuna adquirieron títulos de nobleza. El jefe de la familia, don Juan Goyeneche, logró prebendas como el Monopolio o Estanco del Tabaco, y fundó la "Gaceta de Madrid", que, andando el tiempo, se convertiría en publicación oficial del Estado. Fué protector entusiasta de don José de Churriguera, con cuyos planos construyó el pueblo de Nuevo Baztán (1.709, a 1.713), en recuerdo de su lugar de origen, y su palacio de la calle de Alcalá, hoy Academia de Bellas Artes.

Más tarde otro Goyeneche, sobrino del anterior, don Juan Francisco, marqués de Ugena, protege a otro insigne arquitecto y directo sucesor en rango y gloria de Churriguera: nos referimos a Pedro de Ribera.

Nos consta que Ribera proyectó un conjunto de edificios en la villa de Ugena, cuyo señorío había adquirido Goyeneche en 1.733. Sin duda quería seguir la tradición de Nuevo Baztán, y realizar con Ribera lo que su antecesor había hecho con Churriguera. Sin embargo, la villa de Ugena no puede compararse con Nuevo Baztán, obra maestra del gran Churriguera. A Ribera no se le presentó, en este caso, una oportunidad parecida, y por añadidura, los edificios que construyó, palacio, iglesia y dependencias en torno a una plaza, han sido maltratados por el tiempo y se encuentran en deplorable estado. He aquí un ejemplo más de esa fortuna descendente que tanto aqueja a los edificios.

Pero para nosotros las obras de Ugena tienen señaladísima importancia, ya que, por ahora, son el más seguro testimonio para atribuir a Ribera la portada de la casa que alberga hoy a la Cámara de Industria. Si Goyeneche adquirió la casa en 1.731, y la villa de Ugena en 1.733, y nos consta irrefutablemente, por Ceán, que Ribera hizo obras en Ugena, es más que probable que las reformas del palacio madrileño de Juan Francisco Goyene-



che, marqués de Ugena, se deban al mismo arquitecto. Esto corrobora, pues, lo que está diciendo a voces el propio e inconfundible estilo de la graciosa y exuberante portada barroca.

Don Juan Francisco murió en su Palacio de Príncipe y Huertas en 1.744, y no se volvió a alterar nada hasta 1.783, cuando otro miembro de la familia, don Juan Javier de Goyeneche, hizo nuevas reformas y, según dicen, demolió la torre de la fachada. Lo que corrobora que Texeira estaba en lo cierto cuando la diseñó. Más que demoler, pensamos nosotros que lo que debió pasar fué que, al levantar un nuevo piso a la casa, la torre quedó absorbida dentro de él. En el plano de Texeira la casa tiene dos plantas, y ya en el modelo del coronel Gil del Palacio aparece con tres y sin torre. La duda que puede surgir es si el piso se elevó en tiempos de Pedro de Ribera o después, en las reformas de 1.783. Es posible, y a esta hipótesis nos inclinamos especialmente, que Ribera levantara un piso en la calle del Príncipe, donde puso la portada, y dejase los dos antiguos pisos en la fachada de Huertas. Que, luego, don Juan Javier unificara las alturas, y entonces desapareciera del todo la torre.

La casa sirvió, más adelante, para alojar la Contaduría del Pósito, y después volvió a ser ocupada por los herederos de la familia Goyeneche, hasta que, en 1.874, la enajenaron a don José Manzanedo, marqués del mismo título. Con esto la antigua casona entra en una nueva, y trascendental, etapa de su vida.

Pero antes queremos detenernos en el período que podemos llamar Goyeneche-Ribera, y que, desde el punto de vista de la arquitectura, es el más importante. El nombre de Ribera unido a su portada es lo que da a la casa ejecutoria de nobleza: para figurar en la historia de la arquitectura madrileña en una de sus más sabrosas y castizas etapas.

Contrastemos algunas fechas: Goyeneche adquirió la casa en 1.731 y murió en ella en 1.744. Son trece años, que coinciden perfectamente con la época de plena actividad de Ribera. La obra del gran maestro se produce en un lapso de tiempo relativamente corto, 1.718-1.740, aproximadamente. La coincidencia de fechas abona, una vez más, que las obras de Goyeneche y la portada barroca, que es hoy su mejor testigo, deban asignarse, sin duda, a Ribera. Y, como esto es así, y como Ribera es un gran maestro de la arquitectura madrileña, vale la pena que evoquemos aquí su figura.

Ribera, nació en Madrid el 4 de agosto de 1.681. Su padre era aragonés, y, de oficio, ensamblador de retablos. Su vida transcu-



rió por entero en su ciudad natal, dedicado a su arte y al sostenimiento de las tres familias que le dieron sus tres esposas sucesivas. Sus hijos varones se hicieron clérigos, y ninguno heredó su vocación ni sus conocimientos. Debió, comenzar su aprendizaje en el hogar paterno, a lo que parece bastante acreditado en la corte. Por los documentos que se conservan, sabemos que el arquitecto Ribera fué un hombre de gran meticulosidad y conciencia profesional, y en ello debemos ver el porqué de sus múltiples encargos y la confianza que mereció siempre de los administradores públicos.

Este arquitecto, que hoy admiramos, sufrió en un tiempo las invectivas más implacables de la crítica académica, sobre todo a finales de su siglo, cuando la estética fría y racionalista del neoclasicismo impuso la vuelta a la antigüedad.

Veamos lo que dijo don Eugenio Llaguno, a quien tanto debe la historiografía artística española, pero que, como hombre de su tiempo, era implacable en materia de crítica.

Llaguno dice: "Pero a quien se debió el último punto y complemento en esta clase (la clase de los jerigoncistas) fué a don Pedro de Ribera, maestro mayor de Madrid, autor de las portadas del Hospicio, cuartel de Guardias de Corps, estanco del tabaco (\*), fuente de la Puerta del Sol y otras cosas. Desde que hizo la primera se le debió recoger para curarle el cerebro, y destinar casa para todos los fatuos delirantes que ha habido y hay todavía."

Pero es cierto que, aparte veleidades del gusto y la tiránica influencia de la moda, ni los detractores ni los panegiristas, que siempre los tuvo extremados, han solido ver más allá de sus fantasías decorativas. Su talento de fogoso decorador nadie lo pone en duda, pero tampoco nadie ha parado mientes en el formidable armazón arquitectónico que sostiene tanta exuberancia ornamental. Si se hubieran calibrado sus dimensiones de arquitecto y gran constructor, es seguro que incluso sus mayores detractores lo hubieran mirado con respeto. La verdad es que llegamos al Hospicio y sólo contemplamos la portada, sin querernos apercebir del espléndido edificio, de líneas sobrias y castellanas, en cuyo centro figura. Un prodigio de proporción, de escala, de elegancia y señorío; algo, que un mero decorador

(\*) Que construyera el Estanco del Tabaco es un error de Llaguno. Este edificio, primero palacio de Juan de Goyeneche, y hoy Academia de Bellas Artes, lo construyó, como ya hemos dicho, José de Churriguera.



no puede hacer si no tiene detrás un arquitecto de primer orden.

Pasamos por el Puente de Toledo, y reparamos en los graciosos templetes y remates, descuidando la visión total del problema, la energía del constructor que creó uno de los puentes más monumentales de España, el talento del planeador que abrió esta vía de acceso a Madrid. Aquí no sólo vemos al gran arquitecto que hay siempre detrás, cubriendo la retaguardia del decorador, sino algo más, a lo que ahora llamaríamos un gran urbanista.

Estas condiciones múltiples, y hasta cierto punto contradictorias, que adornan al gran arquitecto nos han llevado a pensar que no es un dato baladí en su biografía su ascendencia, en una palabra, su sangre aragonesa. No es que yo vaya a creer que el Arte y sus impulsos obedecen especialmente a condiciones biológicas o a dictados étnicos. No caigamos, ¡válgame Dios!, en un camino que nos llevaría a postular una historia racista del Arte. Pero no olvidemos tampoco que el hombre no puede desprenderse ni de su casta, ni de su linaje.

"Cada uno de nosotros procede (ha dicho Ortega) de un empujón originario que la casta le dió, y nuestra vida explica, desenvuelve, manifiesta, la intención que nuestra raza tuvo al producirnos.

No cabe duda de que no resulta indiferente para el historiador, o para el crítico, saber y explicarse a Rubens como un flamenco típico; a Velázquez, como un sevillano con sangre portuguesa; a Goya, como un aragonés, y a Cézanne, como un provenzal. En esa misma medida creemos que la ascendencia de nuestro arquitecto puede aclarar algunos aspectos de su Arte. Pero ¿por qué, y en qué medida, consideramos que la sangre aragonesa se trasluce en la obra de Ribera?

Más de una vez me he preocupado —si bien sin profundizar demasiado— por indagar cuáles son las características que definen la mentalidad y manera de ser aragonesas. Sería muy largo de explicar, o no podría explicarlo, por tratarse de intuiciones o percepciones subjetivas, pero el hecho es que, para mí, el aragonés participa a la vez de la más sólida y contundente lógica y de la más fértil exuberancia. Es, a la vez, apodíctico y retórico, directo y circunloquial, severo, majestuoso, rectilíneo, pero —al mismo tiempo— ornamental y suntuoso. Lleva en sí los contrastes de su tierra; es, todo en uno, el páramo desnudo, geométrico y horizontal, y la huerta fecunda y grasa, de



verdes espesos y palpables. Este determinismo geográfico ha condicionado el alma aragonesa. Al aragonés le falta intimidad, ensimismamiento, ensoñación. No es un introspectivo, sino un extravertido neto. No entra en sí mismo, no se ensimisma —es decir, no sueña—, sino que está siempre a la puerta de su intimidad, exponiéndose a los otros, es decir, presentándose y representándose. Por eso suele tener algo de espectacular y de teatral.

La obra de Pedro de Ribera encaja, a nuestro juicio, perfectamente en este esquema. Es severa, contundente y magnífica, a la vez que suntuosa, ornamental y exuberante. Si de sus edificios contemplamos el esqueleto y la masa, veremos grandeza de disposición, seguridad en los volúmenes, rigor en las ordenaciones. Por eso diremos que es un gran arquitecto, además de un formidable decorador. Si nos detenemos en el ornato, advertiremos en seguida su facundia expresiva, su verbosidad, la riqueza táctil y grasa de su plástica, la opulencia de su gramática formal, la fuerza de exteriorización que la anima.

Su obra se constituye en puro espectáculo. Pocas veces ha existido una Arquitectura tan espectacular, tan teatral. En poco tiempo, Ribera transforma a Madrid, y su transformación consiste en una teatralización. Ribera hace de Madrid un escenario, un escenario suntuoso y opulento donde se desarrolla, con fondo barroco y calderoniano, la comedia humana. Madrid había sido una ciudad donde el Teatro pesaba mucho. En los últimos reinados de los Austrias, los decoradores más ingeniosos se dedicaban a la tramoya y al trampantojo. Sus creaciones eran el correlato de la fábula de los poetas. Eran *machinas*, como se decía entonces, también fabulosas. Lo que Ribera hace es trasladar el Teatro y la escena a la misma calle. Sus numerosas fuentes, sus iglesias, sus palacios, sus edificios públicos, son puro Teatro, y de la mejor solera castiza. Tras la guerra de Sucesión, tras el cambio de dinastía, Ribera recupera el ritmo y pulso del Madrid castizo, y se ensalza con el Madrid teatral y farandulero de Felipe IV. Por eso, quizá, se hizo tan odioso a los espíritus académicos y afrancesados de la segunda mitad del Siglo XVIII, que aspiraban a una renovación del país con moldes europeos.

Para poder llevar a cabo su obra, para escenificar a Madrid, Ribera contó con el apoyo inestimable de un excepcional corregidor, que, pasado el doloroso paréntesis de la guerra, quiso



engalanar a Madrid como para una fiesta. Este corregidor fué el marqués del Vadillo, don Antonio Salcedo y Aguirre, nombrado para regir la villa y corte el 9 de octubre de 1.715, en cuyo cargo perduró hasta junio de 1.729. Durante estos catorce años, transformó a Madrid. Su impronta, en la capital relativamente pequeña de entonces, debió de ser una verdadera revelación. El mismo Antonio Ponz, espíritu académico, lo llama célebre por las muchas obras y otras cosas notables que se hicieron en su tiempo, "pero con la desgracia de haber tenido los más ridículos arquitectos que se han conocido jamás". El ridículo arquitecto fué nuestro admirado Pedro de Ribera.

Las obras urbanísticas más importantes que se deben al marqués son: el Puente de Toledo, comenzado en 1.718 y terminado en 1.722; la urbanización del paseo de la Virgen del Puerto, realizado por las mismas fechas, que incluía la preciosa ermita de este nombre; ;la antigua Puerta de San Vicente, y multitud de puentes y plantíos. Entre las fuentes con que engalanó el centro de la población destacaban las de la Puerta del Sol, Red de San Luis, Antón Martín y calle de San Juan. Sólo nos resta la de Antón Martín, hoy situada en los jardines del Hospicio. Promovió Vadillo el alumbrado público (bando de 1.717), y llevó a cabo el primer registro de coches de alquiler.

En el marqués del Vadillo se reunían el sentido de la utilidad con el de la magnificencia, típicos del urbanismo barroco. Fué, en realidad, un precursor de la política que luego desarrollaría Carlos III, y uno de los primeros en comprender las exigencias de la ciudad moderna.

Si a las obras citadas, realizadas por Ribera para el corregidor, unimos las restantes, y considerables, que realizó en Madrid: el cuartel de Guardias de Corps (Conde-Duque); el Hospicio, hoy Museo Municipal (1.722-1.729); la iglesia de Montserrat; la terminación de la iglesia de San Cayetano; la de San Antón; los palacios de Miraflores, Perales, Torrecilla y Ugena, a más de otros desaparecidos, se comprenderá que no exageramos al decir que transformó a Madrid, que le dió una nueva y peculiar fisonomía, que consistió fundamentalmente en teatralizarlo, darle carácter festival y escénico.

Hecha esta excursión, o pequeño rodeo en nuestro camino, para gozar del sugestivo panorama de la obra de Ribera, volvamos a nuestro camino, a nuestro palacio de las calles del Príncipe y Huertas. Hemos dicho que en 1.874 lo compró don José Manzanedo, marqués del mismo título y luego duque de San-



toña, títulos con los que se pagaron los cuantiosos merecimientos financieros que tanto ayudaran al advenimiento de la Restauración alfonsina.

Don Juan Manuel Manzanedo y González nació en Santoña y emigró desde muy joven a América, donde, entre los años 1.823 y 1.832, logró reunir una cuantiosa fortuna. En La Habana, su principal residencia, ocupó puestos relevantes en las finanzas y en la Banca. Regresó a España en 1.845, y adquirió un gran prestigio en la sociedad cortesana como hombre acaudalado y generoso filántropo. En 1.874 inicia el marqués de Manzanedo las obras de restauración de nuestro palacio, que consistieron, por lo que se refiere al interior, en una reforma total.

El arquitecto de Manzanedo fué don Antonio Ruiz de Salces, prestigioso profesor de fines de siglo, que demostró, al llevar a cabo su labor, un tino y un prudente eclecticismo que no es frecuente encontrar entre los arquitectos, por lo general muy atentos a las novedades de su siglo y poco respetuosos con el pasado. Tuvo Salces el acierto, que nunca le agradeceremos bastante, de respetar la gran portada de Pedro de Ribera, y no sólo esto, sino incluso la atención de duplicarla, repitiéndola exactamente en la calle de las Huertas. ¡Lástima, que la nueva portada se hiciera en piedra arenisca, y no en granito, material que responde mucho mejor al estilo de Ribera! Pero quién sabe si lo hizo así para distinguirla de la original y que no hubiera confusiones. Si éste fué el móvil que le llevó a cambiar de material, nos descubriría un concepto del respeto arqueológico verdaderamente extraño para su época. Es más: Ruiz de Salces, al variar las hojas de la puerta de la portada principal, no destruyó las antiguas, sino que las trasladó a la portada nueva. De este modo, la portada vieja tiene carpintería nueva (notable, por cierto), y la nueva, carpintería vieja. Las hojas de la puerta antigua son ejemplares espléndidos de puerta española de casetones, con rico claveteado y magníficos herrajes. Precisamente la falleba de hierro forjado es de por sí un documento histórico, pues está fechada en 1.734, dato cierto para situar con seguridad la construcción de la portada.

Ruiz de Salces varió luego la decoración de la fachada, para ponerla en consonancia con los gustos de la época y con el rango del edificio y su fastuosa decoración interior. Pero hay que reconocer que la servidumbre a los dictados de la moda no fué, en este caso, tan tiránica como en otros. Conservó Salces las



mien-  
Res-

ntoña  
años  
a Ha-  
en las  
quirió  
acau-  
és de  
, que  
orma

e Sal-  
al lle-  
o que  
neral  
s con  
emos  
era, y  
éndo-  
nue-  
, ma-  
Pero  
e no  
cam-  
o ar-  
más:  
rtada  
a la  
tería  
. Las  
puer-  
es he-  
sí un  
cierto

para  
ran-  
y que  
o fué,  
es las



1.º *Ermita de la Virgen del Puerto.*—Fundación, que hizo el marqués del Vadillo para su propio enterramiento. Esta vista, tomada desde el costado, nos demuestra la sabia composición de los volúmenes arquitectónicos de esta graciosa ermita. Más que al decorador encontramos aquí al formidable creador de formas abstractas y expresivas. Toda la composición concurre al airoso chapitel de la cúpula central.

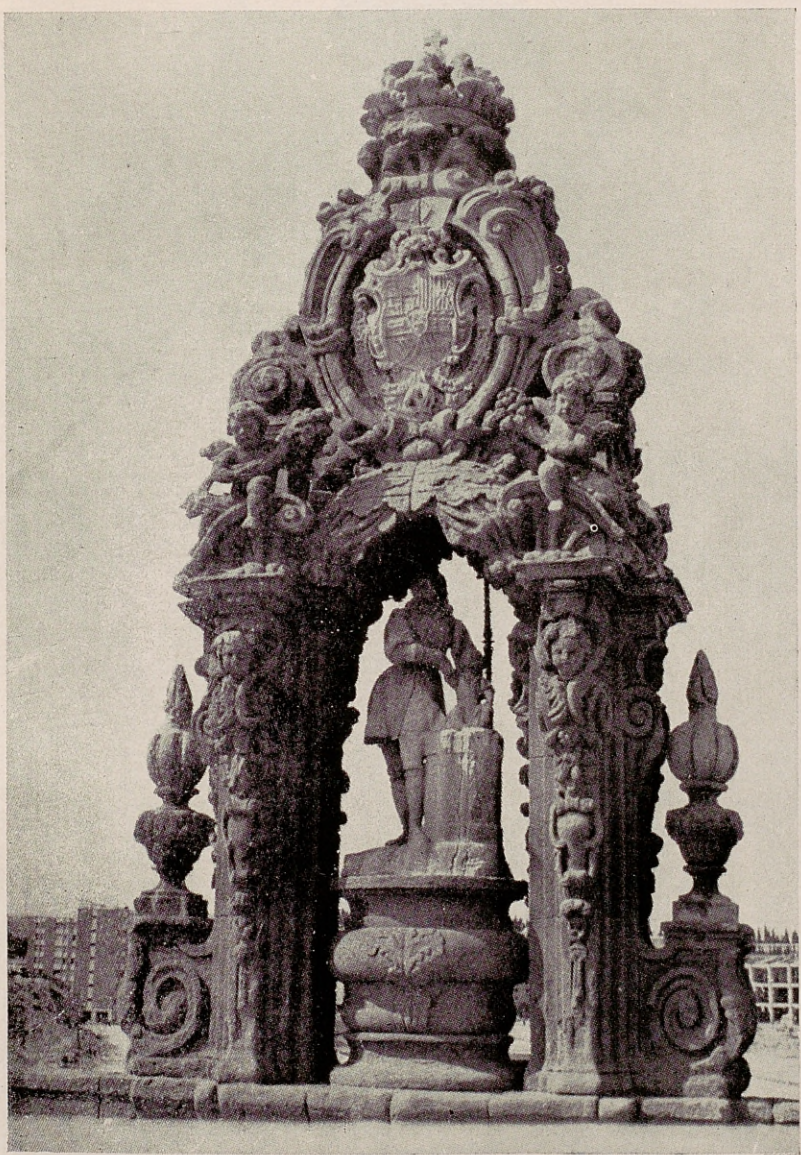
2.º *El Puente de Toledo.*—Magna creación arquitectónica y urbanística, de Ribera. Aparte de sus graciosos detalles decorativos, el puente se destaca por una plástica vigorosa. Los grandes tajamares cilíndricos, coronados por una prominente cornisa, son de una impresionante fuerza y majestad.





3.º *Pináculos del Puente de Toledo.*—Dos pináculos dan solemne guardia a la entrada del Puente, como centinelas que abren la magnífica perspectiva del Puente y Calle de Toledo. Sobre una recia base con columnas adosadas se eleva un edículo, original e imaginativo, formado por estípites exentas. Todo lo remata un pequeño obelisco, que corona la figura de un niño. En este elemento, lleno de gracia y lozanía, se confunden el arquitecto y el decorador.





4.º *Puente de Toledo. Templete central.*—Este templete, u hornacina calada, para enmarcar la figura de San Isidro, hace pareja con otro que aloja la estatua de Santa María de la Cabeza. Aquí la decoración lo invade todo, pero siempre con un gran sentido del volumen, de la plástica y del ritmo. Verbosidad y elocuencia no empañan la claridad del esquema. El precioso óvalo con el escudo destaca de una manera rotunda.

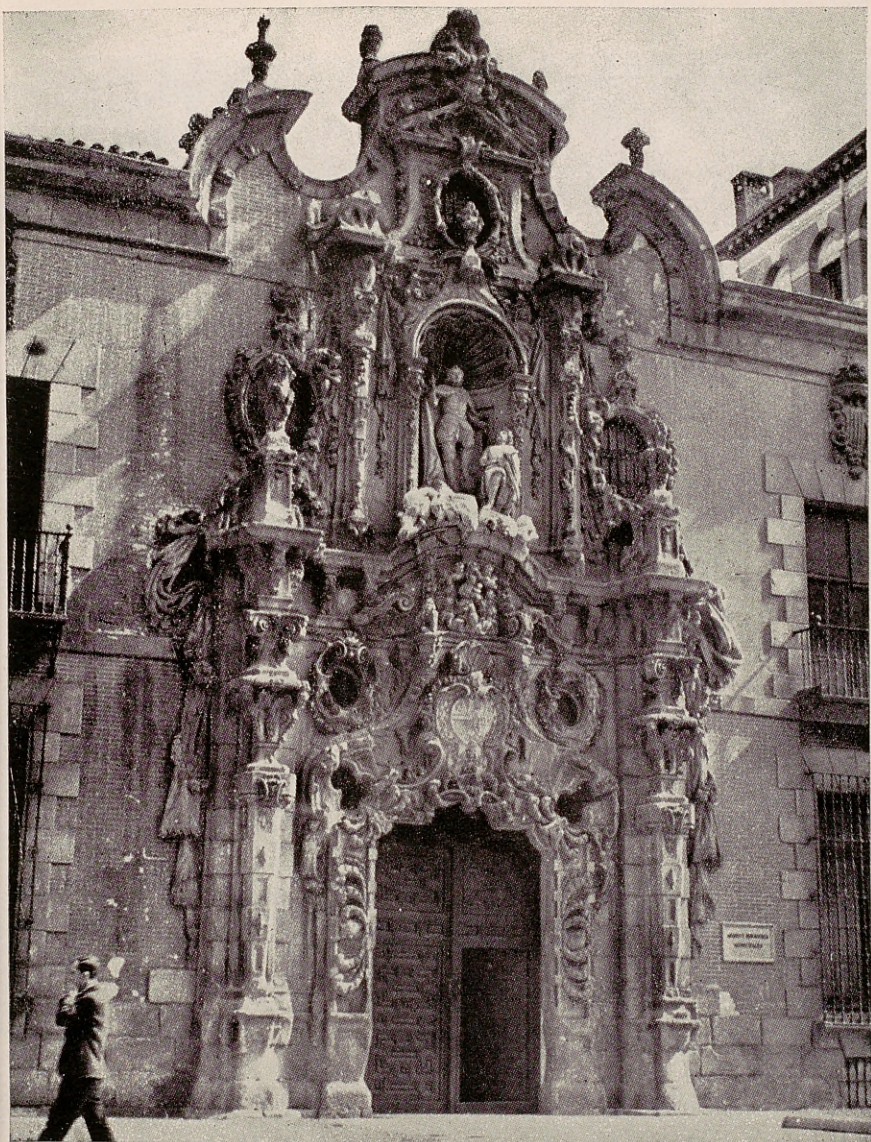




5.º *Iglesia de Montserrat*.—La originalidad extraordinaria de la torre y del chapitel son lo más interesante de este notable conjunto barroco.

val  
esq  
for  
ner  
la  
si  
de  
mo  
can  
dec  
de  
lito  
lino  
los





6.º *Portada del Hospicio.*—La gran portada del Hospicio es la más valiente pieza decorativa de Ribera. A pesar de su apasionamiento, el esquema es clarísimo. Los óculos elípticos, *leit-motiv* muy repetido, forman una composición pentagonal que es en cierto modo la ley general de la portada. Estas composiciones de Ribera se ensanchan por la parte media, y terminan en un vértice. Es la forma de un pentágono, si se hace coincidir uno de los lados con la línea del terreno. A pesar de toda su facundia y desbordante imaginación decorativas, encontramos un sentido de las proporciones y una claridad de líneas, melódicamente enlazadas, que nunca caen en lo confuso. Luego no hay que decir el gracejo con el que están tratados todos los elementos, que son de una belleza escultórica y ornamental pocas veces superada. El insólito perfil del arco de la puerta recuerda las creaciones del Arte Manuelino portugués, que, como decía Eugenio d'Ors, representaba uno de los ápices del barroco occidental.





7.º *Fuente de la Fama.*—La única fuente de Pedro de Ribera que se conserva en Madrid. Levantada en la Plaza de Antón Martín, ha pasado después por diversos emplazamientos. Últimamente, se ha situado en los jardines del Hospicio. Como en tantas composiciones de Ribera, el cuerpo central se estrecha en su base, se ensancha en su parte media y termina en un afilado vértice.





8.º Portada del Palacio de Torrecilla.—Al derribarse el edificio del que formaba parte, se aprovechó en el que años más tarde se construyó como ampliación del Ministerio de Hacienda. Su reparto adolece de falta de correspondencia con el edificio actual, pero lo importante es que se ha salvado. Su composición es muy interesante por el pequeño hueco en forma de *mezzanine*, que se intercala entre la puerta y el balcón principal, y que está resuelto con extremada gracia.





9.º *Portada del Palacio de Perales.*—Es, sin disputa, la mejor portada de Palacio de las que hizo Pedro de Ribera. Por su grandes proporciones y majestad, y por lo apropiado de su decoración, supera a las restantes. Este palacio, por desgracia muy mal conservado, mantiene también un basamento muy interesante. Elementos muy afortunados son las estípites y ménsulas colocadas en chaflán en los extremos de la portada.





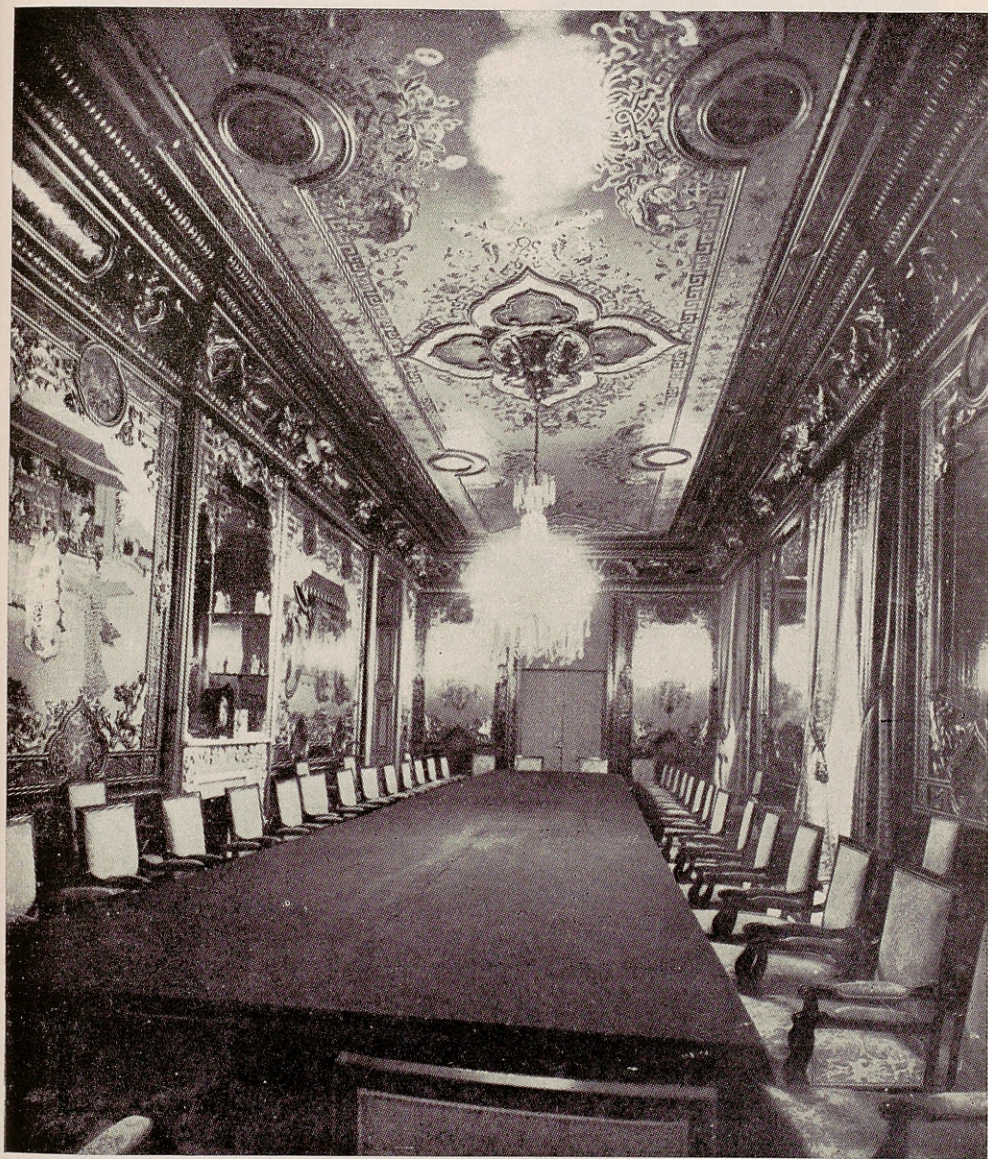
10. *Portada del Palacio de la Cámara de la Industria.*—Esta portada se asemeja bastante a la del Palacio de Perales, aunque sus proporciones son menores y faltan las estípites achaflanadas. La ornamentación es más simple, pero el abultado de sus miembros es más vigoroso. Si este adjetivo pudiera utilizarse, diríamos que es la portada más clásica dentro de la obra de Ribera. El gran bocelón de la puerta y la ventana se incurva hacia abajo en el medio del dintel. Este motivo aparece también en la portada del palacio de Miraflores, y más tímidamente en la ventana principal de la Portada del de Perales. El último de los tres huecos que escalonadamente constituyen la portada debió de ser «simplificado» por el arquitecto Ruiz de Salces al hacer la reforma del Palacio para el Marqués de Manzanedo.





11. *Palacio de la Cámara de la Industria.* — Escalera principal. Suntuosa escalera, construída por los Marqueses de Manzanedo. En el arranque, unos leones de mármol que repiten los de Canova, en la tumba del Papa Clemente XIV, en el Vaticano.





12. *Palacio de la Cámara de la Industria.*—Salón Japonés. El techo de este salón tuvo que restaurarse totalmente. Al cambiar el forjado de la planta superior, y a pesar de todos los cuidados, la decoración del techo, muy desprendida, tuvo que levantarse completamente. La decoración estaba casi toda pintada sobre lienzo. Se copiaron puntualmente todos los motivos, y se volvió a repetir sobre una base firme. Hoy nos atrevemos a decir que el techo ha quedado mejor de lo que estaba (pues había sufrido algunos retoques burdos), y fidelísimamente repetido. La obra corrió a cargo del artista Francisco Galicia Esteve.





13. *Palacio de la Cámara de la Industria.*—Patio central. La reforma de este patio ha sido una de las obras más considerables que se han llevado a cabo con motivo de la última restauración del edificio. El Patio tenía anteriormente unas galerías de madera, imprescindibles para asegurar la comunicación interior. Dado su mal estado y falta de consonancia con la actual importancia de este patio, se han sustituido por unas galerías levantadas sobre grandes arcos, que permiten no embarazar la planta del patio con columnas. La galería principal es de arcos sobre columnas de mármol rojo. La decoración se ha inspirado en motivos del Barroco madrileño en general. El vestíbulo de la calle de las Huertas, que es la habitual entrada a este patio, se ha renovado completamente, tomando como base el vestíbulo del Hospicio de Madrid, obra de Pedro de Ribera.



proporciones antiguas y la majestad y reparto de los huecos, y supo armonizar, hasta cierto punto, el gusto afrancesado con el estilo barroco de las portadas. Lo que resultó menos afortunado fué la débil cornisa y pobre antepecho que coronan la fachada y le quitan majestad y grandeza.

El alarde de los marqueses de Manzanedo y duques de Santofía se cifró en su interior, acaso el más fastuoso y, desde luego, el mejor conservado de la época. En esta decoración intervinieron arquitectos como el citado Salcedo y Domingo Inza. Escultores, como el florentino Carlo Nicoli, que, además de sus obras personales, ha dejado reproducciones de mármoles clásicos y de obras del Canova. Precisamente esos dos leones que forman el ingreso de la gran escalera principal son copia exacta, y yo creo que de Nicoli, de los leones que hizo Canova para la tumba de Clemente XIV, que está en el Vaticano. Además, intervinieron pintores; entre los más destacados, Francisco Sans, notable fresquista, que se inspira en grandes maestros, como Miguel Ángel, Giordano y Tiépolo. En el techo del salón de baile, por ejemplo, tienen ustedes una figura tomada de la Capilla Sixtina. En fin, era un gran fresquista, que se inspiraba en los maestros clásicos. Después tenemos también obras, perfectamente integradas a la decoración, de Antonio Gomar, delicioso paisajista; de Plácido Francés, pintor de escenas de género; de José Vallejo, autor de un bello techo; de Francisco Pla, Manuel Domínguez, etc. Entre los diversos artífices son dignos de mención Laorga, por sus espléndidas puertas de la escalera principal, verdaderas joyas de la ebanistería artística, y el pintor decorador Bueso, autor de los interesantes paneles de estilo japonés del salón de este nombre.

Pero, con ser individualmente muy valiosos los artistas que trabajaron en la decoración del palacio, lo más importante es el conjunto de la obra considerada en su totalidad; su armonía general dentro de la variedad de estilos y motivos; la riqueza de sus materiales y policromía; lo acorde de las diferentes artes: arquitectura, pintura, escultura y decoración; la elegancia del ajuar, lámparas, tapices, alfombras, etc.

Esta decoración corresponde perfectamente al gusto de su época, a lo que pudiéramos llamar el eclecticismo alfonsino. Algunos ambientes, como la grandiosa escalera principal, conservan rasgos del plateresco del período isabelino, del estilo que impuso en Madrid don Narciso Pascual y Colomer. Un arte más pompeyano encontramos en el vestíbulo de la planta alta. La



fantasía y el exotismo resplandecen en el salón japonés y en el salón turco. En cambio, el gusto francés tiene su representación en el salón Luis XIV y en el *boudoir* de la rotonda, de estilo Luis XVI modernizado. La que pudiéramos llamar "pieza de bravura" es el gran salón de baile, que recuerda la fastuosa decoración del segundo Imperio francés. Es un conjunto teatral y grandilocuente como pocos. Los grandes espejos que decoran sus paramentos son un alarde de magnificencia y monumentalidad, con sus enormes marcos tallados como gigantes cas cornucopias.

Este palacio de Manzanedo representa el último esfuerzo de la aristocracia para sostener su rango y tren de vida. Pocos años después, las condiciones del mundo moderno y los profundos cambios sociales acaecidos convertirán estos palacios en entes anacrónicos al poco tiempo de su construcción.

Así como, en tiempos del marqués de Ugena, el palacio de Ribera se incluía en la transformación de Madrid, de la que este arquitecto fué principal artífice, el palacio de Manzanedo se relaciona igualmente con el Madrid de la Restauración. Madrid se va ensanchando y transformando. El marqués de Salamanca ha dado el impulso, iniciando el barrio que lleva su nombre. La sociedad, después de tantas convulsiones militares y políticas, después de tantos pronunciamientos y algaradas, busca el progreso, la calma y los bienes materiales. Surgen los ferrocarriles, los planes urbanísticos, los tranvías (las mejoras del alumbrado público, las nuevas traídas de agua, todo aquello que ayuda a una vida mejor. La norma y el ejemplo, para Madrid y para todo el mundo, es París. La *Ville Lumière* irradiaba a todas partes sus resplandores mágicos.

El centro de la vida madrileña sigue siendo la Puerta del Sol. Pero esta encrucijada, irregular y pueblerina, desdice de un Madrid con sus ambiciones de pequeño París. No hay más remedio que ensanchar y embellecer esa plaza. Los planes se suceden, se discuten, incluso caen gobiernos; pero, al final de tantos proyectos, uno se impone y se termina en 1.861. En la realización de estas obras, más vastas de lo que por lo común se considera —sobre todo, teniendo en cuenta el módulo de la época—, debió de tener participación señalada el opulento financiero dueño de nuestro palacio. Se dice que hubo un tiempo en que el marqués de Manzanedo era dueño de casi todos los nuevos inmuebles que forman el hemicycle de la Puerta del Sol. Por este hecho, los ingeniosos madrileños, que nunca



han faltado, llamaban a la Plaza "El Patio de Manzanedo"; todo era suyo.

Si un propietario del palacio estaba ligado a la plaza corazón de Madrid por motivos económicos, otro, el que le sucedió más tarde, lo estuvo por razones algo más dramáticas.

Arruinada la duquesa de Santoña por su noble y filantrópica dedicación a las obras de caridad, su palacio cayó en manos de un prestamista, que lo enajenó a don José Canalejas, en representación de su esposa, doña María Saint-Aubin Bonnefont. El gran estadista liberal vivió en esta casa, y en ella tuvo su bufete. Propondríamos a los directivos de la Cámara que en algún lugar, y de la forma que pareciera más oportuna, en representación de su esposa, doña María Saint-Aubin Bonesta casa, camino de su despacho en el Ministerio de la Gobernación. Espíritu liberal y demócrata, marchaba por la calle solo, como un transeúnte más. ¡Qué tiempos aquéllos! Solía ir por la calle del Príncipe y la Carrera de San Jerónimo; otras veces, por la calle de Carretas. En la plaza de Santa Ana, en las calles del Príncipe o de Carretas, en la Puerta del Sol, estaban las mejores librerías de Madrid. Siempre se detenía en sus escaparates. El 12 de noviembre de 1.912, frente a la librería de San Martín, una bala certera cortó aquella vida y, con ella, una de las mejores esperanzas de España.

Aunque en la Puerta del Sol han asesinado a mucha gente (ha dicho Ramón Gómez de la Serna), su asesinato histórico es el asesinato de Canalejas. El pacto entre el palacio y la Puerta del Sol termina sellado en sangre. Con este dramático pistoletazo se cierra otra etapa de la historia de la ya venerable y añosa casa, y ésta cae en el sopor de la jubilación y la viudedad. Podría haber ido poco a poco degenerando, multiplicándose cada vez más los vecinos y los achaques, convirtiéndose en colmena utilitaria lo que había nacido para el lujo y la representación. Pero surgió una circunstancia afortunada. El año 1.933, el palacio se hallaba en venta como consecuencia de la testamentaria de su última propietaria, doña Rosa Saint-Aubin. Si no llega a punto para adquirirlo la Cámara Oficial de la Industria de la Provincia de Madrid y cae en las manos de un especulador cualquiera, quién sabe la suerte que hubiera corrido. Pero ya hemos dicho que hay edificios de sino afortunado, y éste es uno de ellos. A través de sus múltiples avatares, bien con los Goyeneches, con los Manzanedos o con los Canalejas, este palacio, si hablara, podría decir, tan enfáticamente como



nuestro famoso burlador: "Siempre vivió con grandeza, quien hecho a grandeza está."

Imposible encontrar mejor dueño, para su rango y para su destino, que la Cámara de la Industria. En una época en que las aristocracias tienen que abdicar de sus fastuosas prerrogativas de antaño, sólo las instituciones, los organismos públicos, las representaciones diplomáticas, etc., pueden y deben mantener estas antiguas mansiones, cuya desaparición acarrea una lamentable pérdida del patrimonio cultural y artístico.

Pero la Cámara de la Industria ha hecho más. Al adquirir el edificio, cuando era presidente don Casimiro Mahou, se impuso la obligación de conservarlo y enaltecerlo, rescatando los pisos que estaban en manos de diversos inquilinos y que impedían su restitución plena, para dejarlo con el mismo esplendor que tuvo en los días de los duques de Santoña. La labor ha sido lenta, trabajosa y tenaz; pero se ha visto coronada por el éxito. Por último, bajo la presidencia de don Teodomiro González Baylín, decidió la Corporación acometer la restauración a fondo de todo el edificio, que es lo que ahora venimos a celebrar. Esta restauración yo la puedo explicar; lo que no puedo hacer es juzgarla. En cambio, puedo decir que pocas veces, como arquitecto, me he visto asistido por un apoyo y comprensión mayores por parte de la Dirección y personas responsables de la Cámara, entre las que quiero destacar a don Lorenzo Gervás, ingeniero jefe de los servicios de la institución, amigo y colaborador constante a través de muchos meses de afanes y trabajos. En suma: quiero decir que la Cámara no ha escatimado esfuerzo ni sacrificio por su parte para que esta restauración fuera tan completa como irreprochable.

He dicho.



TOMÁS BORRÁS

EL PALACIO DE SANTOÑA,  
EN EL BARRIO DE LAS MUSAS

Conferencia pronunciada  
el día 11 de octubre de 1.961, en la  
Cámara Oficial de la Industria de Madrid



EL PALACIO DE SANTIAGO  
EN EL BARRIO DE LAS MUSAS

El Palacio de Santiago  
en el barrio de las Musas  
de la ciudad de Madrid



Señoras y señores:

Una pérdida para Madrid ha sido la de los barrios, sustituidos por el frío y estadístico distrito. El barrio era núcleo de semejanzas y afinidades en la magnitud de la población, lo que, al diferenciar cada agrupamiento, daba sabor de variedad al conjunto. El rasero de lo uniforme, de lo positivista administrativo, que comienza a cortar las espigas a nivel al asomar el 900, ha terminado con la individualización de los barrios. Madrid era "los Madriles" —de la independencia de carácter de los barrios viene el modismo—, y ahora es Madrid, único, amasado y uniformado, que sale del bazar de ciudades hechas.

Pero un barrio sí pervive, quizá porque nunca tuvo límites concretos. Es el barrio de las Musas. No figura en ninguna guía, ni en el nomenclátor oficial. Ni siquiera aquél que enfrentó barrios contra barrios, don Ramón de la Cruz, se acuerda de que existe. Sólo los costumbristas, y no todos, a partir del primer tranco del Siglo XX, enfocan al barrio de las Musas, escenario histórico y estético. Pues los eruditos, al ordenar el vivir de esta zona desde el seiscientos, hallan, con alegría de asombro, que en el barrio de las Musas, no se sabe por qué, se han asentado el genio y el ingenio de la escena y de las letras. Curioso, y quizá no igualado suceso, el de una breve serie de callejuelas y plazuelas, con tiritona de encanijadas casitas, donde la mente de un Imperio halla cobijo voluntario, y se encuentra a gusto en su labor de mirar la vida y fijar en belleza lo que contempla. Pues en el barrio de las Musas está la mansión en-



noblecida dos veces en que nos hallamos; vaya la mirada para distinguir en paisaje tan célebre humanidad.

Los límites del barrio de las Musas se precisan situándonos en la encrucijada de Canalejas; sigamos por la Carrera de San Jerónimo, la plaza de las Cortes, San Jerónimo otra vez, la plaza de Cánovas, el paseo del Prado hasta su empalme con la calle de Atocha; subamos su cuesta; crucemos la plazuela de Antón Martín; de nuevo, por Atocha hasta la plaza de Benavente; prosigamos por la calle de la Cruz hasta el punto de partida, las antiguas "Cuatro Calles". Y se acabó. El barrio más pequeño de Madrid, pero el inmenso; un breve puñado de albañilería, aunque sede de buena parte de la Historia literaria, en su página más eminente. Este palacio es el punto casi geométrico de la circunferencia.

El dato más antiguo del destino para las Musas del barrio que vierte su caserío, como en derrumbe, hacia el Prado, salta en la plaza de Santa Ana. Allí, hasta la francesada, había un convento. ¿Quién lo levantó? San Juan de la Cruz. El poeta máximo. Convento de religiosos carmelitas descalzos de Santa Ana, que, por cierto, es la primera Patrona de Madrid, y quizá de ellos el nombre. Convento, que ayudó a fundar Santa Teresa. O sea, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, adelantados de este barrio del Espíritu, si bien con rótulo mitológico. San Juan tenía su celda en la calle de la Gorguera, hoy Príncipe. Estamos en el año 1.586. "Pepe Plazuelas", simpática persona a quien tenemos que agradecer los españoles que no aceptara la segregación de las tierras ceñidas por la orilla izquierda del Ebro, idea de su hermano, demolió el convento, en 1.810, y del solar surgir la plaza.

La tropa cómica se apodera del amplio cuartel de manzanas entre Cruz y la placita. Comienza la época de Talía, esti-rándose a mayor edad desde sus balbuceos de ñaque y gangarilla. Han nacido Cervantes y Lope, empadronados en el barrio de las Musas, y crean el Teatro nacional, el mejor del universo hablado, incluso el fatalista griego, con sólo un rival en Shakespeare. Para allegar recursos con que sostener los hospitales, la Sacra Majestad y sus corregidores teologizados autorizan, en 1.567, a las cuadrillas de representantes, casi, y sin casi, mendigadoras —eso sí, por intermedio de las cofradías; en este caso, las de la Pasión y de la Soledad—, a montar escenarios. Las hermandades vieron el cielo de los ingresos abierto, al obtener la premática. La de la Pasión instaló en patios y corrales



tres tablados públicos: en la calle del Sol, uno, y dos en la del Príncipe: el de Burguillos y el de la Pacheca. La Hermandad de la Soledad fundó otros tres: en la calle del Lobo, en la de la Viuda de Valdivieso, y el de la Cruz. La leva de comicantes y poetas dramáticos se lanzó al asalto de la fama, pluma y carátula en ristre.

No cuajaron más que dos, uno de cada cofradía: la Cruz y el Príncipe, que, si unos apellidan de la Pacheca, otros investigadores dan gritos en contrario. El de la Cruz nace a la celebridad en el 1.579, reformándose en 1.737 para un aforo de 1.500 localidades, añadida una portada de Ribera, el madrileño de arquitectura madrileñista. En él declamó María Calderón, *La Calderona*, madre del segundo don Juan de Austria. Y a ese corral aluden los casticistas, cuando devanan los amores de la comediante con Felipe IV, las obras de éste, que firmaba con el seudónimo de *Un ingenio de esta Corte*, y las aventuras de los señorones ateneriados con las danzantas y recitantas. En la Cruz hay que registrar dos acontecimientos literarios de rastro luminoso: el estreno de "Don Juan Tenorio", de Zorrilla, que no le pareció al público ni fu ni fa, y el de "El sí de las niñas", de Moratín, de éxito entre la mesocracia bobalicona, y de furiosa repulsa por los profesionales del nuevo arte lopiano de escribir comedias... y decirlas.

Era también el coliseo favorito de Lope, en el cual representaba *Amarilis*, uno de sus amores, y también otra aclamada: *La Antandra*. Fué demolido por razones de tiralíneas de urbanismo. Se prolongó la calle hoy de Espoz y Mina a costa del edificio, precioso como reliquia histórica.

En cuanto al corral del Príncipe, solar de doña Isabel de Pacheco —por lo cual, corral de *La Pacheca*—, se inaugura en el año 1.583. Inmediatamente se forman dos partidos, cosa española: el de los "chorizos", fanáticos del Príncipe, y el de los "polacos", cuyo ídolo es el corral de la Cruz. Se silbaba con llaves, enormes, de abrir la puerta de casa; se arrojaban al escenario cáscaras de naranja o de castaña, gatos muertos y tomates podridos; se tocaban cencerros; se completaba el voceo protestador con rayadores y con sartenes golpeadas. Hasta las damiselas y dueñas graves, sitas, ellas solas, en el entresuelo, o cazuela, tomaban parte en las silbas. Eso, si algún gracioso no metía un ratón en la cazuela, con lo que la comedia del escenario pasaba al anfiteatro.

Las funciones empezaban a las dos de la tarde, y los corre-



gidores y sus alguaciles las presidían sentados a un lado de la escena. El corral del Príncipe logró un tejadillo protector del escenario, y sus empresas, las compañías de comediantes, defendían con un toldo, a modo de velario, a los mosqueteros, los de a pie, detrás de la viga separadora, llamada degolladero, y a los sentados, de la cruda luz del cielo y de la lluvia. Había aposentos (palcos) con celosías, para las personas de mucha suposición, y las de luto, y los religiosos. Y los cuartos donde se vestían las artistas estaban guardados casi *manu militari*. Pero los donjuanes se metían espada en mano, y se llevaban a las comediantas, aunque éstas rechazasen a los pretendientes. Curiosas escenas relatan los que, como Emilio Cotarelo, dedicaron mucha parte de su investigación a la fase teatral de la vida española.

El Príncipe fué ampliado, en vista del favor del público, en 1.745; se incendió en 1.802; fué reedificado, en 1.807, por Villanueva; en 1.849 se le denominó Español, y fué cohibido en reglamento por el conde de San Luis.

En el inmediato callejón del Lobo (Echegaray), en el hoy número 9, hubo, como he aludido, otro corral de comedias, el primero que fué techado. Quizá el de Puente, cuya ubicación no he podido comprobar. El Príncipe, o Español, después de reformado la última vez, hace unos treinta y cinco años, sigue siendo el elegido de la Fortuna para sobrevivir. Pues otro corral —y van ocho— que se inauguró, también en el XVI, en la plazuela del Ángel, llamado corral del Limosneto, debió de lucir poco, ya que no existe más huella suya que el nombre. Teatro Español, muestra de que una dramaturgia inextinguible en valores tuvo su cuna, sus ocho cunas, en un palmo de terreno, en el Madrid que adora el Teatro.

Cuyos corrales son origen, a su vez, de que la comiquería se vaya a vivir al barrio de las Musas. Y de que se forme en la calle del León, acompañamiento de Miguel de Cervantes y umbral de su pobre casa —él, que sólo tuvo la ilusión de la escena—, el Mentidero de Representantes, una de las finas curiosidades del Madrid de los Austrias. Respecto de los cómicos, escritores y pintores que habitaron en el barrio, sin que el listín agote el censo, anoto a Pedro de Morales, “pañó de lágrimas de Cervantes”, marido de Mariana Vaca, hermana de la celebrísima Jusepa Vaca, de la cual era Morales curador; Jusepa, niña por entonces, la que, andando los años, casó con otro cómico del barrio: Juan de Morales. Manuel Catalina: éste era



actor del Siglo XIX, que vivía en la calle de Atocha. Era el compañero de Teodora Lamadrid en las tablas. Volviendo al XVII, Catalina Flores, la de la Cofradía de la Novena; María Ignacia Ibáñez, la amada de Cadarso; Francisco Triviño; el poeta dramático Andrés de la Vega; el comediante Damián Arias; pared por medio de Cervantes vivió el gran pintor Francisco Rómulo Cincinati, en la calle de Francos; en la de Atocha, tres casas antes de San Sebastián, Vicente Carducho. Más adentro del barrio de las Musas, los cómicos Miguel Godínez y Fernán Sánchez de Vargas, Andrés de Vega, Álvaro Riquelme. En Baños (Ventura de la Vega, hoy), Eugenio Caxés. En Visitación, y luego en Infante, Antonio Mira de Mescua, el aseriado teólogo y poeta comediógrafo. Juan Pablo Mártir Riño vivía en Francos también; Vélez de Guevara, en Urosas, alledaño o complemento del barrio. A estos hombres, ilustres entonces, algunos todavía, añadiré luego otros, y ahora, los de Miguel, el de "Don Quijote", que habitó varias casas alrededor de este palacio; Quevedo, que residía en la calle del Niño, y Lope, en la misma manzana de Cervantes, pero en la calle de Francos, pues Cervantes entraba en la suya por León. Contemporáneos nuestros han sido, últimos vecinos del barrio de las Musas, Eduardo Marquina, en la ochava frontera al Palace Hotel, y Jacinto Benavente, en la calle de Atocha, casi frente a San Sebastián.

Mentidero de Representantes era la acera de León, del 7 hasta Cantarranas, al 13, esquina. Centro de contratación de comediantes, en las semanas anteriores a la Pascua de Resurrección. Allí, en un posada, establecía el alcalde de corte su mesa y embargaba cuantos cómicos se le antojasen para los corrales oficiales; a más de servir los deseos de la autoridad de cuantos pueblos acudían a Madrid a llevarse cómicos, como quien alza ganado. Por aquella época, el comediante no era considerado de condición cristiana, ni casi humana, pues el Teatro era gran pecado para los moralistas que influían en la vida oficial. Recuérdese que, cuando una actriz quiso casarse con un actor, en Murcia, el cura de la parroquia les negó el sacramento, y de ahí vino aquella estrepitosa polémica sobre la licitud de las comedias que duró dos siglos, y que el insigne Cotarelo ha estudiado, reuniendo centenares de títulos de libros, alegaciones, sermones, peticiones y denegaciones. A los cómicos, pues, les porteaban los corchetes, en leva forzosa, adonde la autoridad quería, con la ración, o sueldo, que se les asignaba, y, si se resistían, a la cárcel con ellos. Madrid procurábase los mejores para sus



corrales, aun a costa de los intereses de los míseros, y la trúpita que se armaba en el Mentidero con las escenas de contratación forzada, el cortejo de los señores a las heroínas de oropel, la fuga de unos, la protesta de otros, la fisga y vaya de los miro-nes, no es de lo menos patético, por un lado; regocijante, por otro, de cuanto ha ocurrido en todos los Madriles. En el Madrid del barrio de las Musas, el Mentidero proseguía todo el año, deshilado en corrillos, ante la puerta y rejas de Cervantes, el cual alguna vez saldría a entretener conversación con sus intérpretes, a los que era aficionado, divirtiendo así su enfermedad y melancolías. Este Mentidero era el número tres de los que hubo en Madrid, es consabido. Los otros dos, las losas de Palacio, ante el Alcázar, y las gradas de San Felipe, convento-iglesia, calle Mayor, esquina a Postas.

El paso de Cervantes por el Mentidero era seguido de cierta fisga y de un poco de compasión. El Teatro es implacable con los que cree fracasados. El paso de Lope, de aglomeración, vítores y halagos; Lope, pasmo y adoración de Madrid. Las mujeres le llevaban sus hijos pequeños: "Acuérdate de que has visto a Lope." Algunos se le arrodillaban. Venían de las ciudades a conocer de vista al enhechizador. Si tenía rabiosos enemigos, también entusiastas hasta el enloquecimiento y el crimen. Había cosas y objetos a lo Lope; se escribía imitándole, salvo Cervantes, Quevedo, Góngora y Tirso. Los autores —se llamaban así los cómicos directores de compañía— besaban por donde pisaba, si les escribía comedia nueva; los alcaldes contratantes rechazaban a las compañías si no llevaban piezas lopes-cas. Madrid resonaba a Lope; la nube trazaban su silueta descomunal en el azul madrileño. Para dar idea de la aclamación general a Lope, repasemos estos párrafos de un poeta de comedias y poeta lírico, Juan Izquierdo de Piña; traslado un texto a que aluden insignes lopistas, como Félix Ros o Joaquín de Entrambasaguas: "En vos mil años quiso el Hacedor de los cielos y demás cosas criadas dar al mundo la maravilla de sus excelencias en hombre humano; difícil, creer que no sea divino. En seis mil años no ha hecho ninguno que le imite, y en otros tantos, si los viviese el mundo, no ha de copiar igual..." Y así sucesivamente, hasta terminar: "... El insigne, el divino Lope de Vega Carpio, único, como el fénix del mundo y el sol del cielo; sin quien le imite ni suceda; por quien dijo un poeta, en lo que toca, este verso: *Un mundo, un poeta, un dios*". Y, si ustedes piensan que este ditirambo procede de un adulator, les



advertiré que los pueblos españoles, sobre todos el madrileño, rezaban el credo de Lope, cuyo comienzo era: "Creo en Lope de Vega todopoderoso, paeta del Cielo y de la tierra." Y la verdad es que, si se les da igual trato a Lope, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo y a Tirso, todos nos anonadaremos ante tal y tamaño grupo de figuras, simultáneas de las de Velázquez, Zurbarán y el Greco, en aquella explosión del genio de España que abrasó los orbes, y cuya lumbre no se extinguirá jamás: linaje, que nos enorgullece. Lope, cuyo defecto único fué la facilidad de la superabundancia, se recogió a su casilla del hoy número 11 de la calle de Cervantes, entonces de Francos. Era costumbre de la galantería, en los tiempos de Oro, que los caballeros firmasen anteponiendo la inicial de su dama. Lope de Vega pudo firmar con la M, con la D, la F, la B, la C, la G, la A, la M otra vez, la M de nuevo..., que se sepa. *Marfisa, Dorotea, Filis, Belisa, Camila Lucinda, Amarilis, Marcia Leonarda* son los nombres literarios con que Lope presenta en sociedad a su corte de amor. Lope es un espécimen de vitalidad y energética del tiempo en que el español subía a semidiós. Tanto en América, padreada por él; como en Europa, sometida a su puño, como en el África, golpeada; en el mar, bajo las olas de su velamen; en las Artes, cercano al cénit; en la Mística y la Teología, con Trento y los tratadistas rozando el Cielo puro; en las Letras, Poesía y, sobre todo, Teatro —ese Teatro que nace, entero y verdadero, en el barrio de las Musas—; en todo, espanto de la admiración. Pero, además, este hombre español, revitalizado de los Austrias, hijo del hombre español de la Reconquista y su superador, se desborda genéticamente; es el Eros esplendoroso, arrebatado por la nube ígnea, capaz de amar a mil mujeres, encantarlas, hacerlas felices y desgraciadas, abandonarlas, sustituirlas, hirviente de fuerza interior, señoreando la femeneidad como macho voraz, señoreando la moral, porque la moral está dispuesta para hombres mediocres, y el hombre español del Renacimiento renacía de sí como ahora sabemos lo hace el rádium, y exhalaba, como el radio, potencia incesante, capaz de hacer o destrozar el mundo.

Por eso, la vida de Lope, un supervitalizado como era un superintelecto, no se puede medir con el sistema métrico de la norma adecuada al alfeñique. Hay que aceptar a Lope como lo que es: una fuerza de la Naturaleza. Así, la electricidad, que, si da calor y contribuye a la fecundidad del orbe en que está subyacente, origina tormentas cárdenas y estalla con dinamita



de relámpago y de rayo. Gente, dura; gente, de corazón de doble tamaño; gente, dominadora de su mundo y de los mundos, capaz de todo y en incesante acción por encima de todo. La Humanidad se les queda suspensa, al contemplar su dimensión gigantesca; se siente enana; no les condena por sus excesos, que en ellos son naturalidad. Cuando Alonso de Contreras, aquel hércules del alegre cinismo y del bárbaro heroísmo, duerme en el portalillo de la casa de Lope, acogido por el poeta, y escribe la inadjetivable relación de sus hazañas, Lope y él se nos aparecen como dos columnas que sostienen el firmamento.

Por eso el dolor de estos superhombres es dislacerante, y su hundimiento como en grieta que abre el suelo, fatigado a pisada, trasegándolos. La caída de Lope es como la de un monte que se hunde entre escándalos de mar que brota del abismo. Está en su casilla de la calle de Francos, feliz, trabajador tan rápido, que Cervantes le llama "monstruo de la Naturaleza"; literalmente adorado por el pueblo, sostenido por su llenar pliegos y por su portentosa alcahuetería para —por exceso de cantidad, de seducción propia—, derramar, y que otro se aproveche de sus sobras. Ama, ya viejo, y es amadísimo, por una niña cuyo nombre, Martita de Nevares, todavía punza dulcemente el corazón de los que nos asomamos a esas vidas como al panorama de la hermosura del vitalismo. Tiene un hijo revoltoso, tiene recuerdos, aura de su sentir, es devoto católico y nadie jamás ha escrito poemas a Cristo como los suyos; es dueño de las Academias y concursos; se le rinden la Corte —no, que el Alcázar es lo único que se le cierra— y el pueblo, los inteligentes, los extranjeros, las mil famas en miles de lenguas forjadoras de su fama descomunal. Y, un día, en una crisis de cataclismo, todo salta en pedazos. Marcela es su hija y de una de sus amantes. Discretísima, compone versos, admira su conversación, por sus ojos ve su padre y su padre está en los ojos de ella, va para gran dama, es perfección y alegría del alma, es culta y su talento atrae galanes meritorios. Pero Marcela se entera de que en su partida de nacimiento consta "hija de padres desconocidos", porque su madre, Micaela de Luján, cómica de renombre, estaba casada y Lope asimismo; que la esposa de Lope no había sido su madre. Y la espiritual y bellísima se encierra en un convento, el de las Trinitarias, a dos pasos de la casilla de Lope, desengañada y herida mortalmente. Tenía diecisiete años. Por las Trinitarias aparece, de vez en vez, un frailecito, Luis de la Madre de Dios, muy joven, que se ha metido en la observancia



al enterarse, asimismo, de que Lope es su padre, pero que él no tiene padres legalmente. Lope piensa en estos hijos, dice misa en las Trinitarias, pues se ha ordenado de sacerdote, el alma se le va tras los catorce hijos —que se conozcan por los investigadores—, de cuyos se han muerto cuatro, entre los que el varón, Lope Félix como él, que la sangre no se desmiente, cayó en el Caribe en expedición de honra militar. Los demás... Su amor, Martita de Nevares, casada, ¡cómo no!, excelsa hermosura, parangón de Marcela; elegante de espíritu y de cuerpo, amor de los amores de Lope, su éxtasis..., de repente se queda ciega y de ciega deriva a loca... Inmenso es el dolor del poeta-sacerdote. Escribe la elegía de su vida, disfrazándola poco; llora, canta a su ángel caído con ternura infinita. Se consuela recordándola.

Pero, si Martita perece, le queda, en su casa, y de ella —aunque, como he dicho, era casada—, una niña hechicera: Antoñita Clara. Ya no tiene Lope, enclaustrada Marcela, fraile el otro varón, a las demás hijas, cada cual por su lado o muertas, sino a Antoñita Clara, que se ha llevado a su casilla de la calle de Francos, al cuidado suyo y de otra de sus hijas, Felicianita, la única que le sobrevive sin haber levantado el vuelo. Antoñita Clara es el mimo y la ilusión de Lope. Tan hermosa como su madre, imán, asimismo, de los galanes, uno de ellos, Cristóbal Tenorio, la rapta, y Lope no la vuelve a ver más.

Aquél es el mazazo que remata los golpes de las anteriores adversidades. Lope se muere de pena, exactamente de sufrir. Tuvo el amor, la gloria, los hijos, tuvo a Dios. Sólo Dios le queda. Un día, con el crucifijo en los labios, Lope se rompe por dentro. También los inmortales mueren.

Y yo veo a fray Gabriel Téllez, el que escribe comedias, de las cuales se han perdido más de trescientas, bajo este seudónimo, "Tirso de Molina": le veo atisbar el entierro de Lope, memorable y al que acudió todo Madrid, pensando, devanando, una comedia famosa que se le había ocurrido. El seductor de mujeres, el triunfador de la vida que no se entera de que la vida tiene término y tiene ley, tiene juez. El huracán de la vida de Lope ha preocupado, de antes, al fraile psicólogo. ¿Cuál es el final de la vida de Lope? Ahora se ve. Dolor, arrepentimiento, quizás castigo divino, quizás misericordia absoluta. Ve Tirso de Molina cómo, en el entierro de Lope, se cumple el vencimiento de la problemática albedrío-salvación. Va Tirso a su celda; toma, febril, un pliego. Ya tiene cabo y remate ejemplarizador y ad-



monizador su comedia. ¿Qué nombre le pondrá al protagonista? Recuerda el del galán de Antoñita Clara, la niña de las niñas de los ojos de Lope: Tenorio. Escribe el fraile mercedario: "El burlador de Sevilla. Jornada primera..." Esto me lo ha contado un pajarito.

Lope fué, al final, dolor. El final y el vivir de otro gigante del barrio de las Musas; dolor fué, asimismo, Cervantes... ¿Hay que contar su arrastrarse por la España de la ingratitud?

Parece que el barrio de las Musas imanta el destino del triste Cervantes. En el círculo mágico del barrio de las Musas, Cervantes, en su tercera etapa, se halla como en cerrado laberinto, sin salir del barrio más que para ir alguna vez a Esquivias, sujeto a morir en el barrio donde luce la estrella negra de su ideal de vida: ser afamado poeta de la escena. Vive en la plazuela de Matute, en la calle de las Huertas, enfrente de este mismo palacio, en León, núm. 3, esto en 1.610, y en León esquina a Francos. Allí se extingue. La imprenta donde nace a la inmortalidad "El Ingenioso Hidalgo..." está en la calle de Atocha. El segundo librero, como si dijéramos editor, de sus obras, Villarreal, vive en la plazuela del Angel. El "pañó de lágrimas" de Cervantes, como ya indiqué, el cómico Pedro de Morales, en la calle del Príncipe. Los padres trinitarios Juan Gil y Antonio de la Bella salen del convento donde hoy se alza el teatro Calderón, para ir a rescatarle a Argel. El barrio de las Musas, buen ámbito para regazo del escritor, después de haber coronado la vida con la ceniza del desengaño en las sienes: cómicos de Mentidero; poetas en palmitas de admiración, como Lope; amigos sinceramente admirados, como Quevedo; los corrales, donde la sabrosa novedad va de lengua en oído; barrio, donde huele a Teatro, vicio embriagador y hasta locura de quien siente la vocación y la tentación del tablado. Cervantes ¿cómo hubiera podido salir de esta atmósfera, que era oxígeno para su inteligencia? Por lo que el barrio de las Musas ha cumplido una misión, ayudando a cambiar al lento por triste; calentando con sol su frío; esperanzándole en la iglesia trinitaria, en que halla sepultura; rodeándole de "sedices" y lances de representantes, que alguna vez le estrenan una comedia, o se lo prometen, y esto ayuda a vivir al pretendiente eterno que Cervantes fué. Si el barrio de las Musas se portó generoso con Cervantes, buena devolución le hizo el manco, que no era manco, pues, por haberle acogido en su laberinto el barrio de las Musas, será, por siempre, lugar de amor y peregrinación.



Decíamos del dolor de Lope, en el último tramo de la escala de la vida. ¿Y el de Miguel de Cervantes? Le aloja en una casa más reducida que la del otro doliente. Es una casa de dos pisos. Cervantes habita en el bajo, lo cual no fatiga con trepar escaleras. Encima del piso segundo del edificio, una cámara abuhardillada se utiliza como palomar. Alrededor y por sobre Cervantes hacen vuelo las palomas, buen augurio de futuro sobre la tierra madrastra. Hay en la entraña de la casa un patio con su pozo. A la derecha del bajo vive, malvive, Miguel, con su esposa doña Catalina de Palacios, la sufrida castellana. Tienen una moza de recados: se llama María de Ugena. Los Cervantes disfrutan de tres ventanas a la calle del León, a par de los mismísimos cómicos en el Mentidero. Por allí pasa, a veces, Baltasara del Prado, un cuarterón de María Guerrero, otro de Rosario Pino, otro de Antonia Mercé, otro de Loreto Prado. Diciéndolo de otro modo, es dramática, de alta comedia, hace entremeses, es bailadora. Ha introducido en Madrid, con alboroto de públicos y furia de mojigatos, las famosas seguidas de La Mancha: la seguidilla, más incitante y lúbrica que la zarabanda. La Baltasara anda con rumbo y remango, la algarazara de la calle llama a las ventanas a los vecinos, se detienen los galanes, en la calle, a piroppearla, algún sombrero rueda bajo sus pies. Ventanas y calle alzan el clamor del estribillo:

Doña Catalina atisba tras los vidrios turbios, se aparta con disgusto. Miguel no pregunta, sonrío, ama a los libres comediantes. Doña Catalina entredice entre dientes algo de las farsantes; el vayavaya estela tras la cómica, que se dirige al Príncipe, donde reina.

Miguel pasa agónicos apuros. Sólo el Cardenal Arzobispo de Toledo cuida de él; varón humano, este Sandoval y Rojas. El duque de Lemos alguna vez se digna recordar a Miguel; es mecenas de gota a gota. Miguel siente en sí el hielo de la cercana pálida, que llega sin rumor. La sed le devora, que no es sed sana saciándola; sed, ésta, que pide más sed, nunca satisfecha. "Es hidropesía" ha sentenciado el físico prosopopéyico, de mula, anteojos y latines. "Que se vaya a Esquivias, a alimentarse bien." Y el diabético Miguel de Cervantes, en Esquivias, le atiborran, y vuelve a Madrid multiplicados la sed y sus males.

Alguna vez pasea. La misa, los amigos comediantes, el sol. Son sus últimos bienes. A su hermana Magdalena, su hermana más querida y confidente, que murió en aquella casa, la tuvo que enterrar de limosna. En la partida de sepelio se le descu-



bre: "... Era pobre (dice la partida), y tanto, que la hicieron enterrar los hermanos terciarios de San Francisco". Cervantes hace cábalas sobre su muerte. ¿Tendrá doña Catalina los maravedíes necesarios para el entierro? En la casa no entra apenas nada. El cómico Morales anda de partido por Toledo; no le puede sangrar más de blanquillas, ni siquiera de ochavos. Doña Catalina va y vuelve, como lanzadera, a la plazuela del Ángel. "¿No te ha devuelto nada?", pregunta Miguel a doña Catalina. "Andan ellos también en apuros", contesta la esposa. Caso peregrino: el pobre de Cervantes ha prestado cuatrocientos reales al pobrete de su editor. Y Miguel muere sin que el bueno de Villarroel pueda hacerle el favor de cancelar su favor. Miguel suspira, le atormenta la situación de la viuda, a pesar de su reducida hacienda de Esquivias, cuando pase la puerta misteriosa. Hará lo que con su hermana Magdalena: la Orden Tercera socorrerá su cuerpo muerto, será piadosa con el hidalgo que encubría por honor su pobreza, como aquel hidalgo del "Lazarillo", el que no comía y disimulaba sus hambres espolvoreándose las barbas de migas y jugándole al mondadientes.

Miguel profesó en la Orden. Está tan enfermo, que la ceremonia ha de celebrarse en su propia casa. Un día, ayudado por la mujer y los cortos amigos, escribe su última dedicación: "Puesto ya el pie en el estribo..." La regla de la Orden Tercera imponía el entierro sin tapar el ataúd. Cervantes, el humilde, a cara descubierta, recorre el corto espacio entre su casa y Las Trinitarias, a hombros de los hermanos. Allí se le dió paz. Y allí está. Sabía dónde ese otro pasmo de la erudición, el autor glorioso también de "La vida de Cervantes", Luis Astrana Marín. "¿Por qué no revelas dónde está el cuerpo de Cervantes?", le pregunté un día. Estaban cercanos aquellos ominosos días en que las momias del Carmen eran sacadas a la calle, en que los restos de Calderón, en la iglesia de los Dolores, de la calle de San Bernardo, fueron profanados. "¡Jamás!", me contestó el memorable investigador, con aquella rotundidad y energía que era trasfondo de su carácter. "¡Jamás! No quiero que Cervantes sirva para la mofa de los sacrílegos". Quizás Astrana tuviera razón. Lo deseable es que el cuerpo de Cervantes siga intacto donde está. Porque está.

No así, el de Lope. Fué enterrado en un nicho del cementerio de San Sebastián, donde ahora, después de arrasado, hay un patizuelo que rodea a una tienda de flores; el patio-cementerio, donde Galdós comienza su tierna "Misericordia". Y un



día, por no haber sitio en los nichos, el vicario, a quien se le había muerto la hermana, mandó desalojar el nicho de Lope. Lope, víctima de una "monda", sus huesos arrojados a la fosa común. Todavía veo el gesto de Astrana, iracundo. "¿Para que le ocurra a Cervantes como a Lope o como a Calderón? ¡Jamás lo revelaré!"

El final de Cervantes es de ascética ceniza. Como el del Fénix. También el tercer coloso del barrio de las Musas acaba en larga agonía torturadora. Don Francisco de Quevedo y Villegas habita en la calle del Niño. Alguna vez se tropieza con Miguel de Cervantes. Ambos se estiman y estiman sus trabajos mutuamente. Don Francisco está asegurado, en cuanto mediano pasar, por el gran duque de Osuna. Algunas veces el prócer y su secretario, consejero político y mentor, acuden a las tabernas del barrio de las Musas, a yantar y solazarse. Las tabernas del barrio de las Musas, como las de todo Madrid, atraen parroquianos de varios colores y estados. Lo mismo la dama de media almendra, celosa en busca del galán desdeñador que la firmó cédula de casamiento a cambio de lo que nos figuramos; que la moza de la brivia, con sus galeotes pasados o probables; que el poeta encajaversos entre el escabeche y la olla podrida; que los ginoveses, comensales de busconas con madre prestada y coche esquife en el mar de la picaresca, ésas de Castillo Solórzano que dacan la bolsa del rico parliitalianini, y salen para Toledo bajo disfraz de labradoras a lomos del borrico de su cómplice y querindango. Tabernas, como la de Ana de Villafranca, a la calle de los Tudescos, la casada que le regaló su amor y una hija a Cervantes: aquella amable Isabel. Precursoras, tabernas, del café, tan importante en la vida y costumbres, Literatura y política de Madrid. La taberna, entonces, es la lumbre a que cuece el puchero de la Corte, frase de Quevedo, casa del regusto que siempre han tenido nobles y plumíferos por codearse con el populacho, cantera de prototipos. Quevedo, el universal y maestro en todo género, cantó su jácara a la mejor taberna del barrio de las Musas:

*A la salud de las marcas  
y libertad de los jacos,  
se entraron a hacer un brindis  
en la bayuca del Santo.*

La bayuca es la taberna, en el argot de los escarramanes; y



Santo, el tabernero adonde acudía don Francisco, a hacer sus versos de papel de estraza.

*Como tórtola viuda  
quedé, pero no sin ramo,  
pues en el de una taberna  
estuve arrullando tragos.*

*Prendiéronme, en la bayuca  
entrándome a remojar,  
cierta pendencia mosquito,  
que se ahogó en vino y en pan.*

No prendieron a don Francisco en la bayuca, sino en el palacio de Medinaceli, en el barrio de las Musas. Medinaceli estaba donde ahora el "Palace Hotel". El censor de la situación de España, uno de los prohombres de la mente que oyeron el insidioso crujir de las cuadernas de la nave amenazando naufragio, ardiendo en furia española, había escrito una terrible acusación para el Rey Felipe IV, después de aquella otra, ariete para derribar al Conde-Duque, que intituló "Discurso de todos los diablos, o el Infierno enmendado". La desnuda verdad brotó de debajo de la servilleta de Felipe en la llamada "Memorial":

*Perdieron su esfuerzo pechos españoles  
porque se sustentan con tronchos de coles.  
Familias sin pan y viudas sin tocas  
esperan, hambrientas y mudas sus bocas.  
Un ministro, en paz, se come de gajes  
más que en guerra pueden gastar diez linajes.  
Los que tienen puestos lo caro encarecen,  
y los otros plañen, revientan, perecen.  
Pero, ya que hay gastos en Italia y Flandes,  
cesen los de casa superfluos y grandes.  
Y no con la sangre de mí y de mis hijos  
abunden estanques para regocijos.*

El "Memorial" fué enviado por el Rey al Valido; quien ardió como pólvora a la que aplican la mecha. Quevedo, gran amigo de Medinaceli, se acorrió a su palacio al saber que la jauría de corchetes garduñas afilaba vista y olfato para dar con él. Una noche, Quevedo fué sacado en volandas y conducido a los sótanos de San Marcos, en León, que daban debajo del agua del río. Donde el ingenio de cien ingenios padeció hasta quedar casi paralítico y medio ciego, andrajo humano irreconocible. Murió



de resultas, librado del bestial suplicio al desplomarse el Conde-Duque de su altura. Pero no pudo recuperar la salud.

El barrio de las Musas le vindicó con sus coplas, que tal era el comentario periodístico de la época: llenar papeles de directes y de dimes. Zumbó el barrio, corrió por Madrid:

*En San Marcos, de León,  
esta el insigne Quevedo,  
del Conde con mucho miedo  
y corta satisfacción.  
La causa de su prisión  
dicen se pierde de vista;  
pero un colegial artista,  
destos que en comer son parcos,  
dijo: «¿Quevedo, en San Marcos?»...  
Está por evangelista.*

Los tres genios máximos del Imperio, Cervantes, Quevedo, Lope, destinados al dolor: no importan sus servicios a la España descatada de arriba; acogidos a la España del genial carácter y de la inteligencia, al barrio de las nueve hermanas. Cervantes, derrotado, que muere en la convicción de que su obra no vale lo que anheló, ni quedará para las generaciones. Lope, bebiendo cáliz de amargura aceda, el desvanecimiento de cuanto amó, inagotable su capacidad, que abarcaba a Dios, el Arte y la Mujer en cantidades inmensurables. Quevedo, iracundo de que lo que adoró, España, se deshiciere entre manos mequetrefes. Quevedo, baldado y alharaquiento de dolor. Lope, en silencio de corazón partido por la espada del desengaño. Cervantes, con sed de inmortalidad y duelo de no haberla conseguido, además de pobreza que era miseria.

¿Y Calderón? ¿Es que el profundo definidor de los orbes espirituales, y dramaturgo también sobrenatural, no cuenta en el censo del barrio de las Musas? Tan sólo se registra un episodio, allí, en el que Calderón interviene. Ana de Villegas, bella comedianta a la que asedian los tenorioscos, se acompaña cierto día de su hermano Pedro para defensa del acoso. El hermano, a su vez, de Calderón, don Diego, sin hacer caso de la buena guarda, acomete con bravas galanterías a la representante. Sacó la espada el ofendido hermano; cruzaron aceros; el de Calderón cayó con grave herida. A los votosvá de los contendientes, gritos de la dama, alboroto de los testigos, acudió don Pedro Calderón, que por el Mentidero se entretenía. Espada en mano, persiguió al heridor; éste, gamo ligero, metióse en el



Convento de las Trinitarias, que estaba en vendado de andamiajes, pues en él se hacía obra, y se escabulló, quizá por el tejado, sabe el diablo por dónde. Calderón traspasó el sagrado, metióse en busca del ofensor, la Justicia detrás: se decía por los vecinos de Francos, el Niño y Cantarranas, que hasta registraron a las monjas por debajo de los velos. Pues sí, don Pedro se las gastaba ternes. No olvidéis que fué soldado dos veces, y que aún está por esclarecer, si es que puede lograrse, cierto lance en que anduvo en murmuraciones. La escandalera de la iglesia y convento profanados derivó a protestas de religiosos, como es natural. La cola fué que un predicador enrevesado, algo así como el Churriguera de la oratoria—nombre, ¿a quién va a ser?, a fray Hortensio Félix Paravicino—tonitronó contra Calderón y demás atacantes, del modo como solía, con volutas retorcidas de períodos y metáforas rimbombantes. Calderón no achantó la lengua, y, en "El Príncipe constante", una de sus obras maestras, le largó esta burleta:

*Una oración se fragua  
fúnebre, que es sermón de Berbería...  
Panegírico es que digo al agua,  
y en emponomio horténsico me quejo;  
porque este enojo, desde que se fragua  
con ella el vino, me quedó, y ya es viejo.*

Regocijadísimo, el barrio de las Musas llamaba desde entonces al fraile coruscante don Emponomio Horténsico. El hórrido orador se quejó en cien tribunales, llegó hasta al Rey y sus graves Consejos, y apeló al Papa cuando no le dieron la razón. El Papa tampoco se puso de su lado... Y don Pedro Calderón de la Barca hubo de estar en libertad vigilada, como se dice ahora, sin poder salir de su domicilio, algunos días. Condena, que al predicador puso en los cuernos selénicos de la luna hiperiona. Hasta que el Papa, en definitiva, desemponomizó anti horténsicamente el furibundo pleito del fray Paravicino.

Al llegar aquí se comprueba lo que desde el comienzo de este resumen sospeché: que no doy abasto en un discursete al barrio de las Musas, y corro peligro de asemejarme, por lo profuso, al emponomio. ¿Cómo, meter el mar en un dedal? Hay tela del barrio para cinco conferencias. Pero no tiemblen ustedes. Resumiré, a modo de índice, lo más destacado de lo que falta: cómo la iglesia de San Sebastián era sede del Cristo de los Guardias, llamados de Corps, cuya paseata procesional moles-



taba a los cortesanos caballeretes. Y se les burlaba el público chungón del barrio, al ver salir a los mirlindados en Viernes Santo, a hombres con la imagen. Lo cual no iba con su petulante figurín. Hasta que, un día, conspiraron para dejar caer al Cristo y zafarse de la obligación. Lo hicieron, brutal sacrilegio, y, promovida revuelta popular, el mayor culpable fué conducido a Su Majestad don Carlos IV, pues el Rey era su jefe y el delito pedía castigo inmediateísimo. Al aparecer el guardia de Corps ante Carlos y María Luisa, los reyes quedaron deslumbrados, y de allí mismo salía el guardia con el favor real entregado, lo cual le duró hasta el motín de Aranjuez. Llamábase el arcángelico Manuel de Godoy y Álvarez de Faria.

Cómo en el barrio de las Musas se adora una imagen a la cual la devoción de Madrid rodea, fervidísima. El Cristo de Medinaceli toca los corazones, imagen única que estuvo tres veces cautiva: cuando salió de la Mamora, en 1.682, en Marruecos, con los cristianos derrotados y expulsados por Muley Ismael, fué esposado como los demás cautivos. Los frailes rescatadores tuvieron que pagar su peso en oro, y así le liberaron, quitándole las esposas. Las demás imágenes, y ésta, se entregaban en España a los dadores de limosna para liberar cautivos. Y, como el duque de Medinaceli había suministrado gran suma, le regalaron el Nazareno. El cual fué elevado al altar de su capilla, y después a San Sebastián. En la desamortización de Mendizábal, y exclaustación subsiguiente, padeció segundo cautiverio hasta su nuevo rescate, éste sin dinero, mediante gestiones oficiosas, sacado por los desamortizadores de la iglesia de San Sebastián. Elevado un templo en su honor, en 1.936 los que robaron el Museo del Prado, y las casas, y el oro, y todo lo que hallaban, agarraron el Nazareno, que se llamaba ya de Medinaceli, y, revuelto con montones de imágenes, enviáronle fuera de España para venderle. Franco formó sus equipos de rescate de la riqueza artística de España, y el Nazareno fué hallado en Ginebra por el pintor Santamaría, Eugenio d'Ors y demás ilustres embajadores del recobro. Fué aquella vez la tercera de secuestrado, y la tercera también de redimido. No es extraña la devoción de Madrid al Señor que, tesoñeramente, ha querido volver siempre con sus madrileños.

Diría también cómo la hija de la cómica Catalina Flores estaba impedida, y desde su cama, inmóvil, contemplaba un cuadro que representaba a Santa María. Ello, en la calle, también de Santa María, frente al mismísimo Mentidero. Con todo el



ahinco de su alma rezó una novena a la Virgen que, sin apartarse de su mirada, presidía su dolor. Y curó de repente de modo milagroso. Y la madre hizo ruido contándolo, y los representantes formaron cofradía. La imagen estaba, en 1.936, en San Sebastián, en el saliente hacia la calle lateral de la iglesia. Juan Pérez Zúñiga fué el último presidente de la Cofradía de la Novena. Me enseñó en su capilla un tesoro de datos, retratos de cómicos de varias épocas, documentos y recuerdos diversos de la tropa cómica. Todo se lo llevó el estallido de la iglesia, depósito de material de guerra, funestamente.

Y, pues en el barrio de las Musas ha vivido, aparte los que anuncié, Mercedes Pérez de Vargas, ¿no se hablará de sus ojos de esmeralda y de su elegancia elegantísima? ¿Tampoco, de Vázquez de Mella y su tertulia? ¿Ni de las Academias, o reuniones en casa de un noble, donde los ingenios de los grandes siglos se zaherían con vejámenes y se sobredoraban con loas, pues hubo Academias célebres en el barrio? ¿Tampoco, de la figura de doña Francisca Romero, hija de aquel rayo de los Tercios, Julián Romero, biografiado por Marichalar, uno de los capitanes invencibles españoles—la hija, explosión de la fuerza anímica y física del padre, fundadora de las Trinitarias, enrevesada de genio, que hasta hizo vacilar a un Papa—? En telegrama pueden enumerarse algunos de los personajes y episodios que tienen por sede el barrio de las Musas, y que me dejó en la cinta de la máquina junto con otros mil, pues el barrio de las Musas es inagotable: la iglesia de San Sebastián; su cementerio; la fonda de San Sebastián, también testulia de escritores, presidida la última por el madrileñista y autor aclamado Federico Romero, último paladín de la zarzuela; el Casino de Madrid, que nace en el barrio; la imprenta de Cuesta, de donde salen las tres primeras ediciones de la primera parte del Quijote, con su anejo, la iglesia de Nuestra Señora del Carmen y la ermita de San Cipriano (con el colegio que después fué Asilo de ancianos incurables). A propósito de esta esquina a Amor de Dios, habría que aludir a las gestiones del inolvidable Astrana Marín y su Sociedad Cervantina, que lograron evitar el derribo de tan precioso recuerdo. Ahora la iglesia y ermita es del Obispado, como el sitio de la imprenta, de la Sociedad. Se añadiría a la lista el episodio del carbonero, dueño de la casa donde murió Cervantes, que le negó a Fernando VII la venta de la casa, y la demolió, no obstante las gestiones de Mesonero Ro-



manos y del Comisario de la Cruzada, uno de los personajes más simpáticos de Madrid, Fernández Valdés; con pretexto de que él, el carbonero, era también amigo de Don Quijote, pero que al Cervantes ése no le conocía. Y por respetar su burricie hemos perdido la joya. Y el otro episodio de la estatua, situada delante del convento-iglesia de San Antonio del Prado (esquina a la calle de ese nombre), donde en 1.609, refugiada de una tremenda tormenta, entró *La Caramba*, farandulera de búten, y, al escuchar el sermón, se sintió conmovida hasta el trasfondo, y salió de allí para profesar y encerrarse en un claustro. La imprenta de Ibarra estuvo en Urosas, después de Gorguera. ¿Cómo, olvidarla? ¿Cómo, olvidar al Ateneo, nada menos que al Ateneo? ¿Y a doña Francisca, la que salvó tantas vidas la horrible noche del 2 de mayo de 1.808, entrando heridos, a riesgo de su propia existencia, en el palacio de Medinaceli? Otro palacio, el de Xifré, estudiado cuidadosamente para evocar los alcázares hispanoárabes, estaba donde se alza la Delegación de Sindicatos. “¡Bonito palacio chino ha construido usted!”, le decían al titular, la noche de la inauguración sus invitados, mientras él mascaba despecho. Y el palacio de Villahermosa, luego de Esquilache, donde estuvo el famosísimo Liceo. El Teatro Calderón, antes Teatro de la Ilustración, después Ministerio, luego cine, de los primeros de Madrid, y, antes de antes, convento de la Santísima Trinidad. Y la Academia de la Historia, planos de Villanueva, con su Menéndez Pelayo, otro de los gigantes del barrio de las Musas. Y las casas de Martita de Nevares, la amante amantísima de Lope, en la calle Infante, y la de Ana de Trillo, en Huertas esquina a Matute; Ana, uno de tantos galanteos de Lope, procesada por adulterio con el prototipo del tirsino Don Juan. Sólo el palacio de Montijo, con su Eugenia emperatriz, el más célebre de los salones de la Corte, cuando la Corte isabelina era la más espléndida de Europa, merece un libro. Y otro, el estupendo C. S. de I. C., que, como es lógico, ha plantado su árbol luliano en el barrio de las Musas. Y Antón Martín y su plazuela, con la devoción a San Nicolás de Bari, el Santa Claus, o Papá Noel, de los niños centroeuropes, que suspiran por el buen mago que les llega de España; y, además, en la plaza, el hospital célebre. Y sólo enunciar las fuentes del Prado: una de ellas, la del Piojo, donde está el Hotel Nacional, reunión de “pobres y pobras”, como decía Quedo, asamblea del andrajo; y la calle de Atocha, camino de cinco ermitas, bullanguera, con su Facultad de Medicina, calle



que merece otra extensa historia. ¿Más personajes del barrio? El curioso *Príncipe Negro*, prototipo de lo posible hispanomarroquí; Fernández y González, con su taquígrafo Tomás Luceño, en el café de San Sebastián. Todos los del Congreso de los Diputados, que ya es decir, fautores de la política española siglo y medio. Los periodistas y escritores de "El Imparcial", cuya redacción estuvo en la plaza de Matute durante el reinado de Alfonso XII. *El Gallo*, que nace en el barrio, calle de Atocha, y es bautizado en San Sebastián; Larra, que se casa con Pepita Wetoret en la misma iglesia; comienzo, el acto aquél, de su tragedia, la que prefigura su artículo "El casarse pronto y mal"; Larra, otra vez, que, la tarde en que se pega un tiro, pasea por Huertas y el Prado con el marqués de Molins; Valle-Inclán, que, asimismo, se casa y con una actriz, Josefina Blanco, en la iglesia de los cómicos; Teresa, la musa de Espronceda, vecina de la calle de Santa Isabel, adlátere del barrio: Espronceda, a su reja toda la noche triste; Martínez, el artesano artista de la platería inscrita en los anales de Madrid como la mejor pieza de su industria, alojada en un edificio admirable; el marqués de Santillana y su palacio, también demolido; la Casa de Lope, que debemos a la vendedora de encajes señora García Cabrejo; el calesero Bernardo, promotor del motín de los sombreros y las capas, tribuno demagógico desde la Fuente de la Fama; "La Fontana de Oro", en la calle de la Victoria esquina a San Jerónimo, club revolucionario, feliz causante de la primera novela de nuestro amado don Benito; los Cinco Gremios Mayores, institución que suplió la falta del genio financiero de los siglos portentosos, sita en la plaza hoy de Benavente; el beato Simón de Rojas, de la Orden Trinitaria, del convento de la Trinidad Calzada, a que ya he aludido; el teatro, prócer, de la Comedia, que es él solo una página de la vida de Madrid, con su anejo el café del Gato Negro, sala de reunión de escritores y comediantes; el Parnasillo, otro centro, éste del Romanticismo, de la flor, la nata y la espuma de las Letras y la Declamación; la capilla de San Ignacio; este mismo palacio, que el buen gusto y la fina sensibilidad de la Cámara de la Industria realza y conserva para el guardajoyas de Madrid, con la Santoña, Manzanedo, don José Canalejas y don Alejandro Saint-Aubin. Y el Prado entero, para otra crónica de páginas innumerables: aquel Prado, del que Lope decía:



*Los prados en que pasean  
son y serán celebrados.  
Bien hacéis en hacer prados,  
pues hay bien para quien sean.*

Y Villamediana, tomándole la idea, la daba grosor:

*Llego a Madrid, y no conozco el Prado;  
y no le desconozco por olvido,  
sino porque me consta que es pisado  
por muchos que debiera ser pacido.*

En fin, dato que demuestra lo novelesco, además de lo trascendente del barrio de las Musas: en el barrio hubo dos placitas de todos: una, del vecindario, en Antón Martín; otra, del duque de Lerma, donde se hispa de orgullo Neptuno. Cuatro plazas, en la encrucijada de sus callejas, ha disfrutado Madrid: esas dos, la plaza Mayor y la plaza de la Cebada. El barrio ha sido requetorero también, torero por partida doble.

"Se deja usted a Moratín", oigo decir a alguien. Bueno, pues me le dejo. No me cabe. Pero no quiero dejarme a Cadalso. Ni a Barbieri. De Cadalso dice el polígrafo Federico Carlos Sáinz de Robles, maestro indiscutido de todos, después de advertir sus afinidades con Jorge Manrique y con Garcilaso, sagaz observación: "Era alto, delgado, pálido, rubio. Vestía el uniforme (era Oficial de Caballería) con fina bizarría; en el fragor de los combates jadeaba, rugía, arrebolada la faz, sueltos los cabellos, fulgurantes las pupilas; era el primero de todos en atacar a pecho descubierto, y el último en retroceder, sin dar la espalda. En la paz, discute en la fonda de San Sebastián o en "La Fontana de Oro", se exalta, acciona con violencia, vocifera con agresividad, rompe los vasos del servicio... Elegido de los dioses, ha de morir joven (en una de los asedios a Gibraltar), sin haber sido rozado siquiera por el ala aligera de la fortuna..."

Para mí, Cadalso es un héroe, como para todos los españoles, y, además, el creador de un libro emocionante: "Las noches lúgubres", cuya historia es: Cadalso se enamora de una actriz del Español, María Ignacia Ibáñez. Es un idilio exaltado, cávido, en la orla transida de lo emocional del Romanticismo. Viven felicísimos en la Plaza del Ángel. Inesperadamente, María Ignacia, la idolatrada, muere. Es enterrada en el pequeño cementerio de San Sebastián. Cadalso no soporta la separación; en su calentura de amor desesperado concibe la idea de desen-



terror a María Ignacia y llevársela junto a sí. Va a poner una noche en práctica su locura de amor; es sorprendido; el Alcalde de Corte reprende a Cadalso. El cual no cesa. Por segunda vez asalta el cementerio, en el secreto nocturno. Con su linterna sorda, y una pala, empieza a recobrar a la amada muerta. Otra vez interrumpido en su empeño, el Conde de Aranda le da por residencia Salamanca. Pronto se alista para batirse en Gibraltar, donde muere, desde donde se reúne con su esposa del alma. Pero antes ha escrito "Las noches lúgubres", el poema en prosa en que su corazón aúlla de dolor con acentos sin parangón en ninguna Literatura, chorros de sangre hirviente, clamor del ser en infinita soledad, abandonado por la luz feliz, en negrura de aniquilamiento. Asombroso Cadalso, olvidado hoy, época antípoda de la suya en que todo se medía con medida de alma sin cuerpo, olvidado salvo para su biógrafo Ximénez de Sandoval, el elegante prosista y poeta.

Por contraposición a Cadalso, Barbieri: bautizado en San Sebastián, que vivió en la calle de la Cruz, y en el Teatro de la Cruz aprendió las primeras nociones de la Música y se aficionó a ella. Del barrio de las Musas recibió el rayo salutífero, y por eso en la Cruz empezó a componer pasodobles cuando era clarinete de la orquesta, partiquino y maestro de coros muy luego. Francisco Asenjo Barbieri, módulo de la música madrileña, matemático y erudito, gran amigo de don Marcelino, del que era asiduo en su piso de la Academia de la Historia.

Y Jacinto Benavente, otro inmortal del grupo... Pero, no. Corto. La tela del barrio de las Musas no cabe en medida de reloj. He de tener yo medida, y no abusar más de vuestra benevolencia. Termino la serie de conferencias en que me han precedido dos maestros, dándole rendidas gracias a la Cámara de la Industria. Madrid le debe el regalo de este edificio, gala del espacio donde sembró Dios con generosidad la pasión y el ingenio. Que tantas augustas sombras como acuden a la memoria si se recorre el barrio, del cual el palacio de la Cámara es epicentro, velen por vuestra felicidad, ya que habéis conservado y honrado una partecita del núcleo donde tanta y tan subida se creó; creado en propia pobreza personal por ellos, por la pléyade, para enriquecer el mundo. Que así, tan desinteresado, es el genio de los poetas.

He dicho.



# INDICE

	Págs.
<i>Francisco Serrano Anguita:</i> CINCO SIGLOS DE VIDA MADRILE- ÑA, DESDE EL PALACIO DE LA CÁ- MARA . . . . .	9
<i>Fernando Chueca Goitia:</i> HISTORIA DE UN PALACIO . . .	37
<i>Tomás Borrás:</i> EL PALACIO DE SANTOÑA, EN EL BARRIO DE LAS MUSAS . . . .	65











I. D. Ayuntamiento de Madrid 4200025954











Fm 6594

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200025954